

SABOR DE VIDA PARA VIDA

Por *Lilith Sanford Rushing*

CUANDO Andrés Rodríguez llegaba del trabajo a la tardecita, venía siempre con olor a durazno. A su madre no le importaba que

oliera a durazno, pero sí se preocupaba porque Andrés, por causa de su trabajo, tenía que asociarse con un cierto muchacho que era quien lo llevaba en su auto hasta la huerta, donde ambos trabajaban.

-Mamá -dijo Andrés una mañana-, ojalá no te preocuparas tanto por Pedro. El me consiguió el trabajo y le estoy muy agradecido por eso. Este verano los trabajos han sido realmente escasos para los muchachos. A mí me gusta trabajar en la Huerta Hernández. Y durante la temporada de los duraznos es muy lindo trabajar allí.

Andrés estaba en ese momento en el porche del frente de la casa, esperando que su amigo, Pedro Salinas, pasara a recogerlo.

La Huerta Hernández quedaba a unos 13 kilómetros fuera de los límites de la ciudad. Era una de las huertas más grandes de la región y en ese momento los duraznos más deliciosos de la zona estaban a punto para ser cosechados. Es un lindo día, pensó Andrés mientras esperaba. No obstante, estaba preocupado por Pedro... y no quería que su madre lo supiera porque de todas maneras ella se preocupaba demasiado. Cuando Andrés miró calle arriba para ver si se acercaba el ruidoso automóvil de Pedro, su madre apareció en el porche. Tenía una expresión muy alegre en el rostro.

-Hijo -dijo colocándole una mano en el hombro-, no debiera preocuparme por la influencia mala que Pedro pueda ejercer sobre ti. Tu puedes influir en él para bien. Tu influencia puede ser mayor que la suya.

-¿Oh? -dijo Andrés. No entendió muy bien.

La Sra. Rodríguez se echó a reír.

-Debieras ser como una cebolla o una banana. Cuando se ponen estas cosas en una nevera sin cubrirlas, todos los demás alimentos que hay en la nevera toman su sabor. Recuerdo la ocasión cuando toda nuestra mantequilla tenía gusto a banana.

Andrés no pudo menos que reír.

-Mamá, entendí, entendí perfectamente. Trataré de darle a Pedro "sabor" para bien.

El carrito de Pedro apareció roncando, y se detuvo repentinamente. Andrés se despidió de su madre y saltó al auto en marcha. Este arrancó, y los dos muchachos se fueron.

En el camino, Pedro pasó a otro carro, y al hacerlo casi lo obligó a salir del asfalto y, lo que fue peor, festejó su hazaña. Andrés quedó callado, pero en su fuero interno desaprobó lo que Pedro había hecho. ¡Cuánto deseaba tener la habilidad de ejercer una buena influencia sobre su amigo!

Al cabo de un rato de viajar, llegaron a la huerta. Esta tenía muchas hectáreas de árboles frutales. El sol calentaba ya y un delicioso

aroma de fruta madura saturaba el aire. En el largo edificio donde se vendía la fruta reinaba una gran actividad. Y los remolques de caja chata, arrastrados por tractores, desfilaban hacia el centro de la huerta. En cada uno de esos vehículos había un conductor, un ayudante y un comprador.



El trabajo de Andrés y de Pedro consistía en ayudar donde se los necesitara. Andrés corrió a uno de los remolques, cuyo conductor lo llamó. Pronto llegaron al lugar donde los duraznos estaban listos para ser cosechados. Pedro subió en el remolque siguiente.

A ambos lados del camino angosto había árboles cargados de fruta en distintos estados de madurez. Las abejas zumbaban por doquiera, y las avispas amarillas devoraban la fruta caída. Los tractores no demoraron en detenerse, permitiendo que bajaran los que iban en los remolques, y Pedro y Andrés comenzaron su trabajo. Este consistía mayormente en recoger fruta; también tenían que colocar los pesados cestos en los remolques. Andrés notó que Pedro perdía mucho tiempo jugando con los chicos que habían ido con sus padres. Mientras Andrés trabajaba, casi se desesperó al tratar de ejercer alguna influencia sobre Pedro. Temía que si él le llamaba la atención a que estaba descuidando sus deberes, Pedro podría resentirse.

Esa misma mañana, un poco más tarde, se les pidió a Andrés y a Pedro que trabajaran en los edificios principales. Ese era el trabajo más difícil. Cuando se anotaban las cestas y se recibía el pago, Andrés y Pedro tenían que levantarlas de los remolques y colocarlas sobre los vehículos de los compradores. Ese trabajo cansaba mucho la espalda. Pero cuando llegaba un momento de descanso, los muchachos volvían a sentirse como nuevos.

Andrés había estado trabajando sin perder tiempo, había sido cortés con los clientes, colocando cuidadosamente la fruta sobre los vehículos como se le había indicado, y durante un rato no había reparado en Pedro. Mientras los remolques llegaban cargados de la huerta, uno de los capataces le pidió a Andrés que trabajara en el centro de control durante un momento.

A una corta distancia del edificio de la oficina, entre un bosquecillo de sauces, había un tinglado largo, semejante a un galpón. Este edificio tenía mesas anchas y allí se colocaban cada día los duraznos de "segunda clase" que se cosechaban. Estos eran los que habían caído con el viento, y eran de calidad inferior. La Sra. Rivas, la dueña del establecimiento, les había dicho a Pedro y a Andrés que nunca vendieran ninguno de esos "duraznos de segunda clase". Andrés a menudo se preguntaba que ocurriría con ellos. Cada mañana, cuando llegaba al trabajo veía ese lugar vacío, y no obstante a medida que transcurría el día, más y más de esa fruta de inferior calidad llenaba las mesas. Al día siguiente esa fruta había desaparecido. ¿Adónde iba?

Cuando Andrés se volvió de levantar dos cestas para colocarlas en un vehículo que estaba estacionado cerca del tinglado de los "duraznos de segunda", notó algo raro. Pedro había tomado una de las cestas de "segunda" y, después de colocarla en uno de los vehículos, recibió el dinero que le daban por ella y se lo echó al bolsillo. Todo eso se había hecho a hurtadillas, según lo notó Andrés. Este quedó tan asombrado ante ese descubrimiento, que permaneció mudo. Él sabía que se esperaba que ningún ayudante o conductor vendiera fruta. Ese era un trabajo que correspondía a la oficina. Andrés se preguntó qué hacer o qué decir. ¿Tendría el valor de comunicarle "sabor de vida" a su amigo? Uno de los conductores que estaba por allí se acercó a ellos con una expresión extraña en el rostro.

-Muchachos, mejor que vuelvan al trabajo inmediatamente. Este no es un recreo. -Y luego regresó a su remolque:

Pedro volvió apresuradamente a su trabajo, pero Andrés se sintió muy miserable. He fracasado en usar mi influencia, pensó.

Pero la fruta lo estaba esperando y no podía perder tiempo. Voló a su trabajo, con el corazón muy apesadumbrado. De nuevo estaban trabajando los dos en la huerta... él y Pedro. Andrés anhelaba decir: "Pedro, ¿cómo es que pudiste vender esos 'duraznos de segunda' y guardarte el dinero? ¿Cómo pudiste hacerlo, ¿Pedro? ¿Te dieron permiso para que lo hicieras?"

PEDRO y Andrés eran dos muchachos, que trabajaban ese verano en la cosecha del durazno, en la Huerta Hernández. Pedro era el que había conseguido el trabajo para los dos. Aunque la madre de Andrés estaba contenta de que su hijo trabajara en la recolección de la fruta, sentía una cierta preocupación porque éste, por razones de trabajo, tenía que asociarse con Pedro. Andrés no podía comprender la actitud de su madre, hasta que un día vio hacer a su amigo algo que él no podía aprobar. Andrés sintió la responsabilidad de hablarle inmediatamente, con el fin de ayudarlo.

Pero cada vez que estaba junto a Pedro, le faltaba el valor para decírselo. Pasaron las horas, y después del mediodía los obreros volvieron apresuradamente a sus tareas. Había mucha gente que llegaba para comprar fruta. La mayoría iban a la huerta y la recogían ellos mismos, pero muchos compraban la fruta que ya estaba recogida. A medida que el sol calentaba, la fruta madura exhalaba un aroma muy

fragante.

Como a la media tarde llegó el momento culminante. Andrés sintió que algo tenía que hacerse. Vio que Pedro se abrió paso hasta el tinglado donde las mesas estaban ahora llenas de cestas de fruta de segunda. Notó que su amigo hablaba en voz baja con ciertos clientes. Le pareció que le oyó decir algo así: "Si Ud. quiere una ganga, puede conseguirla aquí, en esta sección". Y cuando se hacía la venta, Pedro se ponía el dinero en el bolsillo, al mismo tiempo que miraba furtivamente para asegurarse de que nadie lo observaba. Sintióse enfermo, Andrés se dio cuenta de que no podría mantener silencio por más tiempo. Entonces se acercó a Pedro.

-Pedro, ¿qué estás haciendo? No se espera que tú vendas fruta. Y yo te vi que te ponías el dinero en el bolsillo.

Andrés sintió que la voz le fallaba, pero había logrado que las palabras le salieran.

Pedro se enojó mucho, pero no perdió el control.

-Andrés, no te metas en mis cosas -dijo---. Esta fruta se la dan a los puercos. ¿Te preocupan los puercos? ¿No puedo hacer yo algún "extra"? Está bien. Yo soy mejor que un cerdo. ¿No es así?

-¿Cómo sabes que se las dan a los cerdos? -preguntó Andrés.

-Oh, yo sé de estas cosas. Un hombre que tiene muchos cerdos viene a buscarla después del trabajo.

Pedro y Andrés estaban ahora junto al tinglado largo, y en ese momento no había mucha gente. De repente a Andrés le pareció que el corazón le salía por la boca. Una mujer apareció por el otro lado del tinglado y se detuvo frente a ellos. Era una mujer delgada, de cabello oscuro y rostro bondadoso; pero ahora estaba muy seria y habló con firmeza. Miró a Pedro en los ojos.

-Tu nombre es Pedro Salinas, ¿no es cierto? Uno de mis conductores me dijo que tú estabas vendiendo de esta fruta. Has estado haciendo algo deshonesto. Ahora irás a la oficina y recibirás tu pago... y no vuelvas más -dijo. Mirando luego a ambos muchachos agregó: Cuando se trata de honradez no hay nada de "segunda". Absolutamente nada. Uno es honesto o deshonesto.

Pedro había comenzado a tartamudear algo tratando de explicar por qué él pensaba que no era malo obtener un poco de dinero vendiendo esa fruta, siendo que se la daban a los cerdos. Andrés se dio cuenta de que la mujer era la Sra. Rivas, la dueña de la huerta, y tembló.

Cuando Pedro mencionó los cerdos, la Sra. Rivas respondió rápidamente:

-El hombre que tiene el criadero de cerdos lleva la fruta que no se puede usar, pero la mayor parte de esta fruta va a lugares de caridad, a asilos, a orfanatorios, a iglesias, donde se la envasa y prepara para las personas que no pueden valerse por sí mismas. Los obreros de esos lugares a veces se pasan toda la noche envasando la fruta o preservándola de alguna otra manera. Usan cada durazno que pueda aprovecharse. De modo que, joven, puede retirarse.

Andrés se dio cuenta de que había llegado el momento de mostrarse valiente. El sabía que su madre a menudo había orado para que él fuera valiente. Su voz tembló y sus rodillas vacilaron pero él habló. Dijo así:

-Sra. Rivas, le ruego que le permita a Pedro seguir trabajando. Yo he deseado ejercer una buena influencia sobre él. Mi madre dijo que eso era lo que debía hacer. Pero, pero parece que no lo he conseguido. Pedro necesita mucho este trabajo. Su madre es viuda y él tiene tres hermanitos. Después de esto, si Ud. le permite quedar, yo cuidaré de que él... no venda más fruta. Haré todo lo posible para que él proceda como debe.

No pudo seguir hablando y bajó los ojos ante la mirada persistente de la Sra. Rivas. ¿Había hablado en una forma demasiado atrevida? Pero Pedro estaba junto a él y Andrés colocó una mano sobre su hombro. Pedro estaba rojo de vergüenza. Poniendo la mano en el bolsillo, sacó el dinero, y lo colocó sobre la mesa. Apenas le salían las palabras.

-Sra. Rivas, yo... he procedido mal. Como necesitábamos tanto el dinero, me tenté. Pero ahora comprendo mejor las cosas. No... lo haré más. Siempre he querido ser como mi amigo Andrés, que está aquí. Después de esto... después de esto... ¡Oh, Sra. Rivas, procuraré ser como él, le aseguro!
¡Permítame trabajar mañana!

Ahora Pedro se mostró humilde y arrepentido. El rostro de la Sra. Rivas se suavizó. Casi con alegría le dijo:

-Muchacho, te permitiré volver, pero quiero que tu amigo te cuide, como dice que lo hará. Recuerda siempre, en honradez no hay "segundas".

Volviéndose luego a Andrés te dijo:

-Tú eres un verdadero amigo.
Y se fue.

SALTADOR

Por **Norma Beavers**

SUSIE BELLE estaba recogiendo flores para la mesa de la cena. ¡Las petunias enruladas eran tan bonitas! Rosadas y blancas. Se inclinó para recoger una que tenía bandas rosadas y blancas. Cuando estiró la mano para cortar la flor, el suelo pareció moverse. No podía creer lo que veía. ¡Un terrón de tierra que se movía!

De pronto el "terrón" la miró y pestañeó; luego le mostró la lengua. Susie gritó. Retrocedió, tropezó y se cayó de espalda. Cuando la madre la encontró, Susie estaba de espalda entre las hileras de petunias, diciendo:

-¡Vete! ¡vete!

La madre vio que Susie tenía algo sobre el pecho, lo cual le hizo una guiñada, sacó la lengua, cazó una mosca, y se fue saltando para trabajar otro día en el jardín.

La madre se reía mientras ayudaba a Susie a levantarse.

-Querida, no es más que el Sr. Sapo, el Saltador. ¡Es nuestro amigo!

Susie sollozó.

-Me asustó. ¡No me gusta!

La madre la ayudó a recoger las flores que había dejado caer. Susie pronto pareció olvidarse del susto que se había dado, pero la madre no.

Al día siguiente de mañana, cuando todavía era fresco, la madre y Susie salieron a arrancar las malezas que había en el jardín. Aunque sólo tenía cinco años, Susie era muy buena para ese trabajo. Y limpió de malezas los pensamientos de caritas alegres, vestidos de púrpura y encaje.

La mamá la llamó al cantero de las petunias. Usando las dos manos, separó las flores. Allá abajo, en la tierra fresquita, estaba el Sr. Saltador. No le importó que la madre lo levantara y le frotara la cabeza. En el camino aprovechó para cazar un insecto.

-Mamá, ese sapo te producirá verrugas.

¿Quién dijo eso? -preguntó la mamá.

-Los chicos en el recreo -respondió Susie.

-Bueno, ellos no saben -dijo la mamá poniendo nuevamente el sapo en su fresco escondrijo-. ¡Esa historia de las verrugas no es cierta!

Al día siguiente la mamá y Susie se vistieron y fueron "a la casa del libro". Cuando Susie era pequeñita llamaba a la biblioteca "la casa del libro". Y todavía usaban ese nombre.

En la biblioteca la madre pidió a la bibliotecaria libros que trataran de los anfibios.

-Uds. han llegado justamente a tiempo -dijo la bibliotecaria-. Dentro de pocos minutos mostraremos diapositivas de ranas y sapos.

De manera que Susie y su mamá fueron a una pieza oscura y se sentaron para esperar que pasaran las vistas.

Susie preguntó en un susurro:

-Mamá, ¿qué clase de libro pediste?

-Esa palabra grande era "anfibios" -le susurró la madre en el oído-. Un animal como el sapo se llama anfibio, porque puede vivir tanto en la tierra como en el agua.

- ¡Ah! -exclamó Susie-. Cuando papá estaba en el ejército manejaba un anfibio. Podía manejarlo en el agua y en la tierra.

Entonces comenzaron las vistas. La primera diapositiva mostraba algo como unas cuerdas en el agua. "Esos son los huevos de sapo -explicó la persona que mostraba las diapositivas-. Esos huevos se incuban más o menos durante una semana. La segunda diapositiva muestra los renacuajos que nacieron de los huevos. Los renacuajos parecen pececillos con la cola larga. Respiran por branquias igual que los peces. Las siguientes diapositivas muestran los renacuajos que comienzan a desarrollar patas y a perder



sus branquias. Después que desarrollan patas y pulmones pueden vivir en la tierra. Naturalmente, ellos también pierden otra cosa. ¿Puede alguien decir qué es?"

Todos los chicos dijeron juntos:

-¡Pierden la cola!

-Correcto -dijo la persona encargada de las vistas-. Cuando los renacuajos están en el agua comen plantas acuáticas. ¿Qué piensan Uds. que comen cuando crecen y salen a la tierra?

-Insectos -dijo una niña.

-Carne -dijo un muchachito.

-¡Uf! -dijo Susie; todos se rieron.

Cuando terminaron de pasar las vistas, la mamá y Susie escogieron algunos libros para llevar a la casa. Susie quería comenzarlos a mirar en el auto, pero la mamá le explicó que eso no era bueno para los ojos.

Cuando llegaron a la casa, Susie encontró en los libros algunas figuras que se parecían a las vistas que acababan de ver.

-Mamá, ahora me gusta el sapo -dijo mientras miraba las figuras-. Es el amigo del jardinero que come los insectos que le trae la brisa.

-La lengua del sapo es también diferente. En primer lugar es pegajosa; así puede cazar insectos -explicó la mamá-. El sapo tiene la lengua sujeta por delante, mientras que nosotros la tenemos sujeta por detrás. Después de un rato la mamá vio que Susie estaba cazando insectos y dándoselos al sapo. También oyó que le decía: "¿Recuerdas cuando eras un renacuajo en la laguna?"

Pero el sapo todo lo que hizo fue pestañear.

A la noche Susie trató de dibujar al sapo. Y aquí tienes las figuras de los huevos de sapo, de los renacuajos, de los renacuajos cuando se vuelven sapos y desarrollan patas y pierden la cola. Y por último hay una figura del sapo adulto, como los que a veces encontramos en el jardín.

Al día siguiente un muchachito vecino vino a jugar con Susie. Ella fue al jardín y le mostró a su amigo, el sapo.

-Qué feo -dijo el muchachito-. Matémoslo.

-¡No! -gritó Susie-. El come insectos en nuestro jardín. Y aquí se queda durmiendo durante todo el invierno para estar listo para su trabajo en la primavera. No lo molestes.

Desde entonces Susie a menudo visitaba a su amigo, el sapo, y le llevaba de regalo algunos insectos.

SALTO EN LARGO

Bianca Kappler, una atleta alemana de salto en largo, observó la pizarra electrónica de puntajes y se largó a reír. Estaba compitiendo en el Campeonato Europeo Bajo Techo, y acababa de efectuar su último salto en una serie de seis. La pizarra señaló 6,96 metros. “La medalla de oro es para Bianca Kappler”, anunció el juez.

Los espectadores comenzaron a gritar, pero Bianca sacudió la cabeza.

-Debe estar mal -protestó-. Lo máximo que he saltado son 6,68 metros. Debería recibir la medalla de plata. Los jueces miraron nuevamente los puntajes anteriores. Había saltado 6,43 metros, 6,53 metros y 6,48 metros; ni cerca de los 6,96. Quizá Bianca tenía razón de que había un error. Tal vez, hubo algún error humano.

Los jueces se reunieron. Era una situación muy fuera de lo común. ¿Cuándo había ocurrido que un atleta protestara por ganar la medalla de oro? Luego de discutirlo, decidieron que le permitirían repetir su último salto, en una fecha posterior.

Bianca podría haberse llevado el campeonato; después de todo, la pizarra indicaba que ella había ganado. Pero, quería hacer lo correcto, aunque significara perder la medalla dorada.

¿Qué habrías hecho tú, en el lugar de Bianca? Un proverbio dice que “el Señor aborrece las balanzas adulteradas, pero aprueba las pesas exactas”. Sigue el ejemplo de Bianca, y sé honesto en todo lo que hagas. ¡Procura la medalla de oro por tu honestidad!

Por Helen Lee Robinson

SALVADO POR SU FIEL PERRA

Robert St. John, famoso locutor de radio, contó la siguiente historia sobre la lealtad de una perra a su dueño, cuyo salvamiento fue posible gracias a aquel fiel animal.

"Esta es la historia de un hombre que llamaremos Armando, pues no era éste su verdadero nombre. De alguna forma, fue el mejor intermediario entre Francia y Gran Bretaña. Viajaba mucho y visitaba siempre su tierra natal.

"En su último viaje, en avión, Armando llevaba consigo algunos documentos extremadamente secretos para entregar a los agentes del movimiento francés de resistencia. Por lo tanto, decidió actuar con la mayor seguridad posible al volar sobre su propia ciudad natal. Pero aquella noche, todo salió mal. La última vez que estuvo allí no había ningún tirador alemán en una faja de muchos kilómetros; pero ahora, justamente al penetrar en el espacio de la ciudad, las armas comenzaron a disparar contra el avión. Armando sabía que sería capturado si aterrizaba dentro de la ciudad, por eso dirigió su paracaídas hacia un lugar descampado, no lejos de la finca de su familia. Al aterrizar, cayó sobre unas rocas y se quebró ambas piernas.

No lograba afirmarse sobre las piernas y mucho menos andar. Intentó arrastrarse, pero el dolor era terrible. Y podía oír, a la distancia, una patrulla alemana recorriendo el campo en su búsqueda.

Ya era de madrugada, cuando oyó un sonido diferente, el inconfundible ruido que un animal hace cuando está olfateando en el matorral. Entonces, de repente, allá estaba Trixie a su lado, lamiendo sus manos y gimiendo afectuosamente.

Trixie, una perra mestiza de ocho años de edad, había sido la mejor amiga de Armando hasta que la guerra los separó. ¡Ahora allí estaba ella lamiendo la sangre del tobillo de su dueño! En aquella mañana la patrulla alemana llegó tan cerca que Armando podía oír y entender su conversación en alemán. En el mayor silencio posible, comenzó a cubrirse con hojas y pasto. Trixie parecía captar la idea. Trabajó agitadamente, escarbando la tierra con la que Armando iba cubriéndose hasta quedar apenas con la cabeza afuera. Cuando la patrulla pasó a solamente algunos metros de distancia, Trixie se encontraba acostada junto a la cabeza de su dueño, tan silenciosa como si estuviera muerta, pero con todos sus nervios alerta y todos los músculos tensos.

"Durante los dos días siguientes, ella pasó todo el tiempo lavando las heridas de Armando con aquel increíble remedio: la saliva de un perro; o saliendo en disparada en misteriosas misiones que a veces la mantenían distante durante varias horas seguidas. Una vez volvió con un conejo entre los dientes, y así Armando pudo alimentarse un poco chupando la carne cruda. Armando conversaba con Trixie como si ella fuera un ser humano. Le pidió que fuera a la finca de su familia y trajera auxilio. Trixie parecía comprender. Ella lloriqueaba y salía velozmente, pero luego regresaba con un aire de abandono en los ojos.

"La noche del tercer día Trixie permaneció ausente durante más tiempo. Armando estaba preocupado, y entonces oyó pasos en el matorral. Estaba demasiado débil como para poder esconderse. Oyó el afectuoso ladrido de Trixie, y entonces la voz de María, su novia antes de la invasión de los alemanes. María se inclinó sobre él, lo besó y le prometió que fuertes y leales franceses pronto lo cargarían hacia un lugar seguro, donde lo esconderían y cuidarían bien. Entonces Armando pudo descubrir el misterio, el porqué Trixie no había conseguido traer el auxilio antes. Los alemanes habían trasladado a la familia de Armando hacia otra ciudad. Trixie, con su intuición canina, sabía que María merecía confianza. Durante tres días había andado detrás de ella; pero ella había estado ausente y había regresado justamente en aquel día.

Trixie, con sus frenéticos ladridos y tirones de su vestido, la había llevado hacia aquel lugar en el matorral. Y ésta es la historia de cómo un agente de la resistencia francesa fue salvado por una perra llamada Trixie y por su novia llamada María".

SALVADO POR SU PERRO

Donaldo estaba a la orilla del lago con sus hermanas y sus amigos, y se estaban divirtiendo muchísimo. Algunos estaban remando. Otros pescaban.

Donaldo, aunque sólo tenía cuatro años, era un niño muy aventurero y se animaba a meterse en el agua con los demás tan hondo como le permitían sus pantalones cortos, porque le habían dicho que no debía mojárselos.

Jugando a la par de los niños estaba Sultán, un perro hermoso, alegre y divertido, que Donaldo quería muchísimo.

De pronto, Donaldo cayó en un profundo pozo y desapareció bajo la superficie del agua. Una de las chicas lo vio hundirse y comenzó a gritar. Pronto todos estuvieron gritando a más no poder.

Nadie sabía qué hacer, y dos o tres corrieron cruzando los campos a buscar a los padres de Donaldo. El resto quedó en la orilla, llorando y gritando con desesperación.

El único que conservó la calma fue Sultán. De un vistazo comprendió la situación, y dando un gran salto se lanzó al rescate de su pequeño compañero. Con fuertes brazadas de sus grandes patas nadó hasta el sitio donde se había hundido Donaldo, y cuando éste salió a la superficie, tomó con sus dientes la parte de atrás de sus ropas y comenzó a nadar hacia la orilla.

Al llegar a ella, algunos de los chicos se adelantaron para tomar a Donaldo, pero Sultán se hizo a un lado y comenzó a caminar, con Donaldo colgando de sus dientes, hacia su casa. Había cruzado ya dos campos cuando encontró a los padres de Donaldo que corrían hacia el lago. Los dos venían sin aliento y muy asustados, seguros ya de que su precioso Donaldo tenía que haberse ahogado. Puedes imaginarte su sorpresa cuando vieron llegar a Sultán con su preciosa carga en su boca.

Con cuidado bajó a Donaldo frente a los padres, y luego quedó allí gimiendo, como si no estuviera seguro de haber rescatado a tiempo al muchacho.

Los padres se arrodillaron junto al cuerpo y trataron de reanimarlo. Les llevó bastante tiempo, pero sus esfuerzos se vieron recompensados cuando por fin Donaldo abrió los ojos, y comprendieron que se pondría bien.

¡Cuán felices se sintieron todos, incluyendo a Sultán! Tendrías que haberlo visto moviendo la cola con todas sus fuerzas, mientras encabezaba la procesión hasta la casa. Había cumplido con su deber, y se sentía justamente orgulloso. Y la cena que recibió esa noche superó por lejos lo que alguna vez hubiera podido imaginar en sus más fantásticos sueños de perro.

SALVADO POR UN OSO

Ignacio era cartero en el Polo Norte. Una noche sus seis perros murieron envenenados al comer pescado congelado. Ignacio se encontraba a más o menos 160 kilómetros del puesto más próximo, y la temperatura era de 40 grados bajo cero.

Inmensamente triste debido a la muerte de sus perros, el pobre hombre estaba a punto de desistir de todo y morir; pero tenía la esposa y un bebé que lo esperaban. Sin embargo, ni aun el recuerdo de sus queridos conseguía impedir que sus pensamientos vagasen errantes.

Antes, tenía el placer de conversar con sus perros, que parecían casi humanos; pero ahora no se oía ningún sonido, excepto el estallido del hielo, y nada, nada se veía a no ser nieve de deslumbrante blancura, en una extensión inmensa. Su costra ondulada, con muchos centímetros de espesura, parecía tan sólida como el hielo. La soledad era intraducible. Abandonó parte de la carga de su trineo, y tiraba de él día tras día; a la noche dormía sobre él, envuelto en un saco de piel de animales polares.

Finalmente, el pobre hombre sintió que no iba a aguantar más. Clamó entonces en agonía al grande Padre: "¡Oh, no me dejes continuar así tan solo; envíame a alguien, por favor, mándame a alguien, si no muero!". La siguiente noche volvió a acostarse envuelto en el saco de piel y se durmió. De pronto, sintió que algo lo estaba empujando.

¿Qué podría ser? Ignacio abrió los ojos, y allí, delante de él, estaba un gran oso. El animal pareció sorprendido, pues nunca antes había visto algo semejante. Por extraño que parezca, Ignacio no sintió miedo. Se levantó y alimentó al oso con el pescado congelado que todavía le quedaba en el trineo. El oso actuó como si fuera un enorme perro salvaje. Después de satisfecho, se acostó al lado de Ignacio, que entonces tomó su propio desayuno. Y cuando se puso nuevamente en camino, el oso lo siguió trotando a su lado.

"Por cierto, el gran Padre me lo envió", pensó Ignacio. Por la noche, otra vez le dio comida al oso, y ambos se acostaron lado a lado, y el calor del peludo animal trajo vida nueva a Ignacio. Cuando faltaban apenas unos 8 kilómetros para llegar al puesto, de repente el oso cambió de rumbo y se dirigió al inmenso bosque, e Ignacio nunca más lo vio.

Cuando llegó al puesto y contó su historia, el oficial de turno dijo: "Ignacio es el hombre más valiente del Polo Norte; ciertamente el buen Dios envió al oso para que él no perdiera la razón".

SALVADOS DE LA TORMENTA

La tarde había sido pesada y húmeda.

Todos sufrían y se sentían incómodos por el calor. También lo estaba la pequeña Valeria; y cuando la mamá le dijo que debía irse a la cama, estuvo realmente contenta de hacerlo.

Pero cuando se apagó la luz, tuvo un poquito de miedo, porque a lo lejos se podía oír el retumbar de truenos. De vez en cuando la habitación se iluminaba con los relámpagos.

A Valeria no le gustaban las tormentas, así que cerró los ojos bien apretados e hizo una corta oración, pidiéndole a Jesús que la cuidara.

Pronto comenzó a llover. Llovía y llovía, y mientras la lluvia caía la pequeña Valeria se durmió.

No supo cuánto tiempo llevaba dormida. Le pareció muy corto, aunque sin duda fueron horas. Algo la despertó, algo que la aterrorizó. Era la voz de la mamá que le hablaba muy asustada.

- Valeria, Valeria, despiértate -estaba diciendo la mamá mientras la sacudía.

Al despertar, Valeria oyó otro sonido, el más extraño y terrible que alguna vez hubiera oído. Era como el rugido de un trueno, pero no terminaba.

Ahora Valeria estaba muy asustada.

- ¡Oh, Mamá! ¿Qué pasa? -exclamó.

- Es un tornado, y ya está sobre nosotros -respondió la mamá - . Tenemos que orar, querida. Papá ya se despertó y está orando también.

El padre se había despertado sobresaltado, se había puesto de pie de un salto y de inmediato se dio cuenta de lo que pasaba.

Se arrodillaron junto a la cama de Valeria, el papá de un lado y la mamá del otro, con las manos cruzadas sobre ella como para protegerla.

En ese momento el terrible rugido parecía estar directamente sobre sus cabezas; y también se oía el ruido de ventanas y vidrios rotos, y maderas que se quebraban.

- Por favor, querido Jesús, ¡cúdanos! -comenzó uno de ellos.

¡Crash! Un estrépito terrible se oyó mientras la casa de al lado era destruida por la furia del viento.

-Querido Jesús, no permitas que la tormenta... ¡Crash! Otro estrépito indicó que la casa del otro lado había sido destruida.

¡Crash! Ahora era la casa de enfrente.

- ¡Oh Jesús, ayúdanos! Sálvanos, por favor, ¡sálvanos! Siguieron orando mientras mantenían sus brazos cruzados sobre Valeria.

Por encima de esos brazos había otros brazos, más fuertes pero todavía más amantes: los brazos eternos de Dios.

Cuando la tormenta hubo pasado, la luz del día reveló una desoladora escena de destrucción: árboles arrancados y las ruinas de las casas dispersas por todas partes. En una manzana y media no había edificio en pie, excepto la casa en que Valeria, la mamá y el papá habían estado orando.

Hoy es una tormenta diferente la que amenaza a todo el mundo. Muchos están asustados por lo que sucede en el mundo hoy, pero Jesús no quiere que tengamos miedo. El quiere que confiemos en El siempre, con todo nuestro corazón. No importa qué ocurra, quiere que nos mantenga, más serenos y tranquilos, creyendo que confiando en Dios todo resultará bien.

El quiere que confiemos en sus promesas:

"El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente

No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día

Porque has puesto a Jehová, que es mi esperanza, al Altísimo por tu habitación, no te sobrevendrá mal ni plaga tocará tu morada" (Salmos 91: 1,10).

El nos asegura que estarán "acá abajo los brazos eternos". Son brazos de amor, que nos protegen de la misma forma que los brazos de sus padres cuidaron a Valeria aquella noche. Al acercarse la tormenta, Jesús no olvidará sus promesas. Pero no nos olvidemos de seguir orando hasta que el cielo esté sin nubes otra vez.

Un día la tormenta terminará. Habrá paz en el mundo otra vez, paz gloriosa y permanente; y entonces veremos muy claramente que Jesús realmente hizo muy bien todas las cosas.

SEAMOS FIELES

Entre los grandes de la tierra, los gobernantes, héroes, sabios, artistas y grandes comerciantes de los tiempos pasados, hubo muchos que tuvieron, como el rey David, un comienzo pobre y difícil. Sin embargo, su piedad y diligencia, su fidelidad y perseverancia, y ante todo su fe y sus constantes oraciones, los condujeron a un final bueno y a veces también glorioso. En su mocedad, el gran almirante holandés Ruyter fue primeramente aprendiz de fabricante de sogas, después marinero y luego dependiente de tienda. Su fidelidad y diligencia lo recomendaban tanto, que su jefe le confió un cargamento de paños finos que debía llevar a Marruecos. Allí gobernaba en aquel tiempo un príncipe despótico y cruel. Ese príncipe, acompañado por sus cortesanos, visitó la feria una mañana y miró los finos paños de Ruyter. Una de las mejores piezas le llamó especialmente la atención y preguntó su precio. Ruyter, quien, como todo verdadero comerciante cristiano, no exigía por sus productos mucho más de lo que valían, le dijo el precio que su patrón le había indicado. El príncipe le ofreció solamente la mitad.

-Lamento no poder rebajarla. Tengo que recibir el precio que le pedí, puesto que no es propiedad mía sino de mi patrón, y yo soy simplemente su empleado. –dijo Ruyter.

El gobernante no esperaba semejante respuesta, y por eso dijo muy indignado: "Perro cristiano, ¿no sabes que tu vida está en mis manos?"

-Bien lo sé, señor –respondió Ruyter-, pero también sé que no pedí un precio excesivo, y que es mi deber cuidar de lo que pertenece a mi patrón sin pensar en mí. No le cobraré un precio menor. Prefiero hacerle un regalo antes que bajar un precio justo. Haga de mí lo que quiera, pero sepa que un día tendrá que dar cuentas de todo a Dios. Todos los comerciantes que oyeron esto se espantaron.

El príncipe miró al mozo con ojos iracundos, y todo los que estaban en derredor pensaban que daría la orden: "Córtenle la cabeza". Pero no; el príncipe se contuvo y solamente lo amenazó diciendo: "Si para mañana no cambias de opinión haz tu testamento". El orgulloso príncipe volvió las espaldas, dejó a Ruyter y continuó mirando las mercaderías de otros comerciantes.

Ruyter puso muy tranquilamente la pieza de tela a un lado, y sirvió fielmente a otros clientes. Después de algunas horas, cuando la feria no estaba ya tan frecuentada, los otros comerciantes instaron al valiente joven y le dijeron: "¡Dele el paño como regalo o por el precio que él le ofreció! Si él lo decapita, perderá Ud. toda la mercadería y también el barco. En ese caso, todos los cristianos estaremos perdidos";

Después de haber reflexionado serenamente, Ruyter replicó con voz firme: "¡No teman! Estoy en las manos de Dios. Tengo que ser fiel en lo poco como en lo mucho. Mi patrón no perderá ni un centavo por mi culpa. No me desviaré de mi deber". Para sus adentros Ruyter pensaba: "Prefiero morir como siervo fiel antes que ceder a las exigencias injustas del príncipe. Y tú, amado Señor que estás en el cielo, tienes todas las cosas en tus manos, y sin tu voluntad nadie puede torcer la punta de un solo cabello. ¡Los fieles siempre han tenido a tus santos ángeles por guardianes!"

A la mañana siguiente, Ruyter estaba otra vez muy animado en su tienda a la espera de los clientes. Vio entonces al príncipe que se acercaba con pasos orgullosos junto con sus cortesanos y un verdugo que llevaba una espada larga a la cintura. El príncipe se paró frente a la tienda de Ruyter, miró con ojos penetrantes y dijo: "Perro cristiano, ¿ya cambiaste de idea?" Ruyter respondió decididamente y sin miedo: "Sí, reflexioné mucho; pero no puedo darle la tela por menos de lo que le dije ayer. Si quiere quitarme la vida, hágalo. Prefiero morir como siervo fiel con una conciencia limpia que ceder a su exigencia". Todos los circunstantes contuvieron el aliento, pues el verdugo con la espada larga sonreía como un demonio que ve un alma rumbo a la perdición. Pero el semblante del orgulloso y violento príncipe comenzó a cambiar. Sonrió y amigablemente miró a Ruyter y dijo: "¡Verdaderamente eres un alma fiel!. Nunca hallé un siervo tan fiel como tú. ¡Ojalá yo tuviese uno como tú en mi corte!". Después, dirigiéndose a los cortesanos que lo cercaban, declaró: "Tomad a este cristiano por ejemplo". Y a Ruyter le dijo: "Cristiano, ¡dame la mano! Tú serás mi amigo". En seguida tomó una bolsita con oro y la tiró sobre la mesa diciendo: "Contiene tanto como pediste. Y de este paño mandaré hacer un traje de gala que usaré en memoria de tu fidelidad los días especiales del año". ¿Debe añadirse alguna palabra a este suceso verídico? Sí, "¡Sed fieles! ¡Sed fieles en lo poco, sed fieles en todos los lugares y en todas las cosas, porque el Señor recompensará la fidelidad." La fidelidad vence, la fidelidad conduce al cielo.

SEDAS Y ENCAJES

Había que esperar 15 minutos en la estación de empalme. Paulina los contó uno por uno. La ceremonia de casamiento de su amiga había sido fijada para las 8. Eso le daría escasamente tiempo para saludar a la familia y ponerse rápidamente el vestido de fiesta que usaría como dama de honor de la novia.

Se movía inquietamente en la sucia sala de espera, saboreando una barra de chocolate. No tendría tiempo para probar bocado después de llegar, de modo que esa golosina tendría que sostenerla hasta que terminase la ceremonia. No conocía ningún lugar donde pudiera almorzar. Eso era lo que se conseguía por viajar hasta lugares apartados, como era el pueblo adonde se dirigía. Paulina sonrió desdeñosamente al pensar en el pueblecito.

La joven se había criado en la ciudad y estaba empapada de ella hasta la médula. Nunca había vivido alejada del ruido del tránsito y el rumor de los tranvías. Tenía la confusa idea de que la gente del campo y los habitantes de los pueblos pasaban los días ordeñando vacas y juntando huevos. Las miradas de los ociosos y el espectáculo y los sonidos de una estación pueblerina irritaban su sensibilidad. Se acercó impacientemente a la ventana y depositó su cartera, su boleto y sus guantes por un momento mientras empolvaba su nariz ante la tapa de su valijita de cuero.

-Discúlpame -dijo una voz suave a sus espaldas-, ¿es tuyo este guante? Lo recogí debajo de uno de los asientos.

Paulina lo tomó con gesto de fastidio.

-Oh, sí, creo que es mío, gracias.

Era proverbialmente descuidada; quizá por el hecho de serle todo tan fácil no tenía sentido de responsabilidad. Ahora, al recordarse de sus descuidos hizo un rápido inventario de sus pertenencias. Cartera, sombrilla de seda, guantes, boleto, valija de mano: no faltaba nada. ¿No llegaría nunca el tren? Ya había pasado la hora. Golpeó impacientemente el suelo con el pie impecablemente calzado.

-Creo oír el silbido de la locomotora.

Era la misma voz amable. Paulina se dio vuelta y observó a la joven que hablaba. Luego volvió la mirada con un levantamiento imperceptible de cejas. ¡Esas personas que se ven en las estaciones secundarias, siempre dispuestas a entablar conversación! Evidentemente era una pequeña campesina que iba a pasar el fin de semana con alguien. Su sencillo vestido azul tenía aspecto de haber sido hecho en casa según el ojo crítico de Paulina, y aunque aún no era verano, la niña llevaba un sombrero de paja.

Si había algo en lo que Paulina no era descuidada era la estricta adecuación de su indumentaria a cada estación del año. Tenía conciencia de lo correcto y elegante que era su vestido y el sombrero que hacía juego con él. Sin quererlo, Paulina era una esclava inconsciente de la moda. Estaba acostumbrada a juzgar a las personas de acuerdo con cierta norma rígida que para ella consistía en lo que llamaremos sedas y encajes.

Recogió su valija de mano. La gente salía ya apresuradamente de la estación. Paulina, ansiosa de ocupar un asiento en un tren donde no se conseguía la comodidad de primera clase por amor ni dinero, salió también, contando sus pertenencias a medida que caminaba. Sí, tenía todo: valija de mano, guantes, cartera, sombrilla ...

-¿Adónde viajas?

-A N _____, contestó Paulina orgullosamente. Avanzó por el pasillo y se dejó caer en lo que calificó mentalmente de "oloroso" asiento de cuero rojo. De todos modos, le quedaba el consuelo de que faltaba poco para llegar. Unas pocas horas más de viaje y gozaría de la excitación fascinante de una boda. Si bien era un casamiento de pueblo, sería completo en todos los detalles. Juana Malbrán, su compañera de colegio, no había pasado en vano cuatro años en la ciudad. Habría invitados de todas partes, porteros, damas de honor, y todo el aparato moderno de un casamiento a la moda. Hasta tendría algo de paradójico: todo sería tan antiguo que resultaría muy moderno. Juana usaría un traje del estilo que había usado su madre en la misma ocasión.

El alma de artista de Paulina se deleitaba al pensar en su traje de seda color durazno. Las otras niñas usarían tafetanes verdes y la que seguiría inmediatamente a la novia, uno de color orquídea. Llevarían ramilletes como los de antaño, con flores del jardín y guantes largos. Paulina se sentía algo herida porque

Juana no le había pedido que fuese la primera en el cortejo, pero probablemente Juana se había sentido obligada a pedírselo a la hermana del novio.

Miraba sin ver los campos dorados de trigo, viendo en lugar de ellos la escena de la boda. La casa sería sin duda un castillo de dalias y gladiolos. Ella se imaginaba el cortejo nupcial descendiendo por la amplia y antigua escalinata. Juana había insistido en que la ceremonia tuviera lugar en la casa. En cierto sentido Juana era algo anticuada a pesar de su educación en la ciudad, pero su casa se prestaba para la ocasión. Paulina había pasado varias vacaciones en ella. Estaba todo en perfecto estado, aunque fuese en un pueblo que no era más que una manchita en el mapa, y la familia de Juana era gente muy fina. Su padre había renunciado a la carrera de cirujano en una gran ciudad para permanecer en el pueblo y continuar con el consultorio que su padre había tenido antes de él. Paulina llegaba a la conclusión de que podría dar su aprobación a la familia de Juana; no que la niña pudiese vestir como ella -no era posible con el sueldo de un médico rural-, pero podía hacer mucho a partir de nada. Tenía cierto aire que la colocaba en la clase de las que usaban sedas y encajes. Juana parecería una duquesa con su traje nupcial. Sus pensamientos la llevaron al suyo propio de tafetán color durazno -durazno, verde nilo y orquídea. ¡Qué tonos delicados! Un arco iris nupcial.

-Discúlpame -dijo otra vez la voz imploradora con su entonación amable-, ¿es tuyo este pañuelo?, lo encontré en el pasillo.

-Oh, creo que sí. Gracias.

Paulina lo tomó fríamente. Esa niña pobre de la sala de espera de la estación de empalme parecía una verdadera Némesis que aparecía en todas partes con artículos perdidos. A Paulina le molestaba que la niña vacilase aún en el pasillo, hamacada por los movimientos del tren en marcha.

-Miré por todas partes del coche -le decía-, y sólo ahora he notado que tú y yo ocupamos asientos contiguos. Están perdiendo tiempo. Espero que no lleguemos tarde. Este tren por lo general se retrasa.

-Sí -murmuró Paulina fríamente. Sus ojos estaban clavados en la ventanilla. No tenía el hábito de trabar relaciones ocasionales, especialmente con aquellos que no pertenecían a su categoría. Y cuán inquietantes eran las palabras de la niña. ¡Qué sería para el casamiento si el tren llegaba demasiado tarde! ¡No estar allí para ser la dama de honor de Juana, para usar el original vestido de tafetán!

-¡Boletos, señores!

Paulina se sobresaltó. La niña ya había ocupado su asiento; el guarda estaba esperando. Ella había olvidado todo lo relativo al boleto. Mecánicamente buscó en la cartera. El boleto no estaba allí.

El guarda tosió con impaciencia. Paulina volcó todo el contenido de la cartera formando un montón heterogéneo: pañuelos, maquillaje, tarjetas, cambio, pero ningún boleto. Revisó atropelladamente los distintos bolsillos aunque sabía con la certidumbre de la convicción que su boleto descansaba en el marco de la ventanilla de la estación de empalme. Ahora que se hallaba a kilómetros de distancia lo veía tan claramente como cuando lo puso allí. Volvió a poner lentamente las cosas en la cartera.

-No tengo mi boleto -dijo tranquilamente abriendo su portamonedas-. Ahora recuerdo que lo olvidé en la sala de espera.

El guarda la miró fríamente.

-El viaje -dijo anotando algo en su libreta-cuesta siete pesos y cincuenta centavos. El agente en N_____ se los reembolsará.

-¿Reembolsará? -repitió Paulina.

En ese momento, la palabra "reembolso" era lo que menos podía ocurrírsele, pues acababa de hacer otro sorprendente descubrimiento. El cambio que tenía en la cartera sumaba exactamente cincuenta centavos. No tenía billetes. Y recordaba con certeza desalentadora que había descuidado sacar dinero del banco. Durante todo el viaje había tenido la impresión de haber olvidado algo. Era eso, pues. Los pocos billetes que tenía los había gastado antes de llegar al empalme en propinas, comidas, etc.

-Siete pesos y medio -repitió secamente el guarda. Paulina hizo un esfuerzo por guardar compostura y hablar con calma.

-No tengo esa suma aquí. He salido con tal apuro que me olvidé de traer dinero. ¿Quiere que le extienda un cheque? Tengo aquí la libreta...

-Yo no puedo recibir cheques -dijo el guarda, interrumpiéndola y evidentemente impaciente-. Si Ud. no tiene el boleto o su equivalente, deberá bajarse en la próxima estación.

.-Pero, ¡Ud. no sabe quién soy yo! -dijo Paulina, casi sin aliento-. Mi padre es Guillermo Noceti, de la Compañía Petrolífera...

-Lo siento -respondió el guarda avanzando por el pasillo-. La próxima parada es R _____; Ud. deberá bajar allí.

Paulina se levantó para seguir al guarda con el rostro encendido. Algunas pocas personas la observaban con curiosidad. Ella observó sonrisas disimuladas. De modo que no le creían. La consideraban una vulgar mentirosa. El tren aminoraba la marcha. Miró por la ventanilla con un sentimiento de pánico. Lo que vio fue una pequeña estación pintada de rojo, y un tanque de agua. Con la calma de la desesperación leyó en la desierta estación: R _____. ¡Pensar en descender allí, en ese desierto, donde los trenes se detenían sólo una vez al día! Una dama de honor de un cortejo, sin dinero, y la boda celebrada sin su presencia...

¡Estación R _____! Un peón del ferrocarril recorrió los coches gritando el nombre con voz ronca. Se detuvo y tomó la valija de la joven. El tren paró. El guarda esperaba, ceñudo, en la plataforma. Paulina avanzó con los ojos bañados en lágrimas. Le parecía que todas las miradas estaban puestas en ella.

-¡Qué lástima! -dijo el peón, simpatizando con la joven, mientras la ayudaba a bajar- Pero es cosa corriente. Tal vez consiga que alguien la lleve adonde Ud. va.

Tal vez. Paulina no había pensado en eso. Y cobró esperanza. Pero, ¡otra cosa! ¿A quién contrataría por cincuenta centavos? No, no había caso.

-Espera un momento.

Era la voz fresca y dulce de la niña de la sala de espera. Estaba de pie en el escalón más alto, con una sombrilla de seda azul y mango de marfil.

-¿No es esto tuyo? Yo estaba leyendo un libro y sólo te vi cuando bajabas. ¿Es ésta la estación adonde ibas? Creía que ibas a N _____.

-El guarda la hizo bajar -explicó lacónicamente el peón- Perdió el boleto, no tiene dinero...

-¿Tú...? ¿Perdiste tu boleto? -exclamó la niña con asombro- Recuerdo haberlo visto en la ventanilla de la sala de espera.

-¡Pasajeros, al tren! -gritó el guarda. El peón se quitó la gorra. -Ya es hora -dijo a modo de explicación- Sólo nos detenemos aquí por pocos minutos.

-¿No podría yo...? -empezó a decir Paulina desesperadamente-. ¿No podría yo...? -y a su mente se presentaban mil soluciones. Si pudiese pedir prestado, mendigar, telegrafiar a su padre... pero el tren se iba. Dejó caer la valija y empezó a estrujar ciegamente el pañuelo.

-¡Espere! -exclamó la joven campesina que tan amable se había mostrado con Paulina- ¡Deténgase! Hágala subir, yo tengo dinero. Yo le pago el boleto. ¡Es una atrocidad hacer bajar así a una joven!

Aquella buena samaritana tendió la mano a Paulina, que había empezado a caminar a la par del tren. El peón la ayudó a subir, valija y todo. Paulina no soltaba la mano de la niña, como si se asiese de una cuerda salvadora. Cosa curiosa, en ese momento tenía la sensación de hallarse sumergida en un río y de que alguien le tendía un salvavidas.

La joven campesina soltó la mano y alcanzó un billete al guarda. Ella devolvió el cambio con una sonrisa enigmática.

-Por aquí -dijo la niña, llevando a Paulina por la parte posterior del coche-. Es un coche para fumar, pero no importa.

En aquel otro estarán todos estirando el pescuezo Y cuchicheando a costa tuya. Nos sentaremos aquí...

-Pero tú no me conoces -exclamó Paulina, Mirándola con asombro- ¿Cómo puedes confiar en mí así, si soy una extraña, y más aún después de haber sido tan antipática contigo?

-Yo me he criado en las praderas -dijo la niña sonriendo-, donde todo es abierto y franco como la llanura misma.

No hay malezas, ni pantanos, ni fealdades ocultas. Y siempre sé, por intuición, en quién puedo confiar. Entonces sacó otro billete, lo puso en la mano de Paulina y añadió:

-Lo necesitarás para llegar a tu casa.

-Dame tu nombre y dirección -dijo Paulina, con la sospecha de que le faltara la voz.

-Nélida Lemos, estación H.

-¿Calle y número?

-Sólo eso -respondió Nélide, sonriendo- Allá no necesitamos más que eso. Paulina escribió de prisa. Después de todo, pudo equivocarse en su impresión acerca de los salvavidas. Debió ser un ángel.

-Yo te lo devolveré -dijo afanosamente-, oh, yo...

-Por supuesto -murmuró simplemente la niña. Dirigió la vista a la ventanilla y exclamó involuntariamente: -¡Oh, mira qué puesta de sol! ¿No es hermosa? Paulina siguió su mirada. Acostumbrada como estaba a edificios altos y torres, se sintió algo chasqueada al ver sólo nubes esponjosas teñidas de celeste y púrpura, como miradas de arcos iris. Pero había en su belleza serena algo que la sobrecogió.

-Pocas cosas -dijo Nélide, que así se llamaba la joven campesina-pueden igualar a una puesta de sol en la pradera.

-A menos que sea -añadió Paulina con sinceridad una hija de las praderas. La niña se sonrió.

-Otra vez se detienen -observó ésta, mirando hacia afuera- Podemos volver tranquilamente a nuestros asientos mientras la gente sube y baja. Si no te vuelvo a ver, buena suerte y ... adiós.

-Adiós -respondió Paulina. Estaba pensando que Nélide era una joven íntegra y sincera. Ahora que había puesto una buena base para trabar amistad, no se aprovechaba de ella. Sus ojos siguieron la erguida figura. ¡Pensar que la había considerado vulgar y ordinaria, tan sólo porque su traje no era de rigurosa moda! Nélide podría usar las sedas y encajes de los mantos reales -se dijo humildemente. En el coche halló que su asiento había sido ocupado, y se tuvo que contentar con uno que compartió con un anciano caballero somnoliento que usaba una capucha negra. Pero ahora nada le importaba pues no la habían dejado en R_____. Y eso no era todo. Había algo que cantaba en su corazón.

El tren llegó a la estación con treinta y cinco minutos de atraso. Paulina subió a un ómnibus, pues había escrito a Juana diciéndole que no la fuese a buscar, ya que no estaba segura de la hora en que llegaría. En la casa había gran animación; de modo que ella fue directamente a su habitación, y se detuvo sólo para echar una mirada precipitada a la novia.

Cuando se puso el vestido de seda color durazno y se unió al cortejo nupcial en el comienzo de la escalera, empezaban a oírse desde abajo los acordes de la marcha de Lohengrin. Paulina quedó situada detrás de la dama de honor vestida de color verde nilo, y casi en seguida dio un salto involuntario que retardó por un momento la soberbia procesión, pues allí, detrás de la novia, muy erguida, muy delicada, con su vestido color orquídea, estaba la dama de honor, que no era otra que la compañera de viaje que le había pagado el boleto.

Sus ojos se encontraron significativamente. La joven vestida de verde interceptó la mirada.

-¿No es un encanto la prima de Juana? -murmuró- ¿Verdad que el color orquídea le sienta muy bien?

Paulina asintió abstraídamente, pues estaba pensando en algo que había arrebatado a las praderas, y que era lo mejor que jamás hubiera puesto en su cofre de recuerdos. Era esto: que muy superiores al adorno exterior, son las sedas y encajes del corazón y la mente.

“Yo prefiero formar mi alma y no amueblarla” -Lambert.

SEGUIR LAS HUELLAS

Era un día muy ajetreado en nuestro hogar. Pero claro, con 10 hijos y otro en camino, todos los días eran un poco agitados. Ese día en particular, sin embargo, tenía dificultades incluso para realizar los quehaceres domésticos de rutina, y todo a causa de un pequeñito.

León, que tenía tres años entonces, estaba encima de mis talones, dondequiera que me dirigiera. Cada vez que me detenía para hacer algo y me volteaba, tropezaba con él. Varias veces le había sugerido pacientemente actividades divertidas, para mantenerlo ocupado.

-¿No te gustaría jugar en el columpio? -le pregunté una vez más.

Pero él simplemente me brindó una inocente sonrisa y me dijo:

-Está bien, mamá, prefiero estar aquí contigo.

Luego continuó retozando alegremente a mi alrededor.

Después de pisarlo por quinta vez, comencé a perder la paciencia e insistí en que saliera a jugar con los otros niños. Cuando le pregunté por qué estaba actuando así, me miró con sus dulces ojos verdes y me dijo:

-Mira, mami, en la escuela mi maestra me dijo que caminara tras las huellas de Jesús. Pero como no puedo verlo, estoy caminando tras las tuyas.

Tomé a León entre mis brazos y lo abracé. Lágrimas de amor y de humildad se derramaron sobre la oración que brotó en mi corazón: una plegaria de agradecimiento por la simple, pero hermosa perspectiva de un niño de tres años.

¿Qué tipo de huellas estás dejando en tu vida? ¿Quieren tus hijos, amigos o compañeros de trabajo seguirlas? Mucho hemos oído de seguir las huellas de Jesús, pero ¿pueden los demás seguir las tuyas también?

SERPIENTES MORTÍFERAS

Mientras una mujer trabajaba en su casa, divisó dos serpientes mortíferas. Con un grito, se dio vuelta y salió corriendo de su casa, buscando a su esposo.

-¡Cobras! -exclamó-. Tenemos dos cobras en casa.

Su esposo también se alarmó. ¿Qué debían hacer? No podían dejar que las cobras se quedaran allí, en su casa. ¿Qué pasaría si una de ellas los mordía?

-Llamemos al encantador de serpientes -sugirió la esposa-. Él sabrá qué hacer. Después de todo, trabaja con serpientes todo el tiempo.

Pronto, llegó el encantador de serpientes con sus ayudantes y se pusieron a buscar las cobras. Buscaron por todas partes: detrás de la cocina, debajo de la galería, dentro de las grietas y los rincones, pero no pudieron encontrarlas.

-¿Está bien si levantamos el piso? -preguntó el encantador de serpientes-. A veces, ese es un buen escondite para ellas.

No tuvieron que cavar demasiado. Apenas sacaron un poquito de tierra, vieron a las dos serpientes. Pero ¡esperen! Había otra, y otra y otra. El encantador de serpientes y sus ayudantes siguieron cavando a lo largo del piso de la casa, y siguieron encontrando más y más serpientes. Cuando terminaron, habían desenterrado más de 3.500 cobras pequeñas ¡y centenares de huevos de serpiente!

¿Puedes imaginarte lo que es vivir con tal cantidad de criaturas mortíferas debajo de tu casa, sin siquiera saberlo? Pero ¿qué piensas en cuanto a vivir con tantos pecados mortales? A veces, podemos no ser conscientes de ellos, pero eso no los hace menos peligrosos. Pidamos a Dios que se deshaga de esos pecados mortíferos. Y hagamos que esta sea nuestra oración hoy: “¡Perdóname aquellos [errores] de los que no estoy consciente!”.

Por Helen Lee Robinson

SETENTA VECES SIETE

“Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: “-Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, si me hace algo malo? ¿Hasta siete?”

“Jesús le contestó:

“-No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”.

¿Puedes imaginarte llevando la cuenta de cuántas veces has perdonado a alguien? Probablemente, te llevaría mucho, mucho tiempo llegar a setenta veces siete. Pero, Jesús no estaba diciendo que deberíamos llevar la cuenta. Lo que estaba queriendo decir es que debemos perdonar libremente, sin límite.

Investigaciones recientes muestran que es buena idea seguir el consejo de Jesús. Greg fue una de las personas que se ofreció para el estudio. Él se quedó muy quieto mientras los ayudantes del laboratorio lo conectaban a una cantidad de máquinas. Ellos le explicaron que estarían monitoreando su ritmo cardíaco, su presión sanguínea y la tensión de sus músculos. “Todo lo que tienes que hacer es quedarte allí acostado, y pensar en algo malo que alguien te hizo”, le dijeron los científicos.

Era algo fácil de hacer. Greg pensó inmediatamente en algo que su hermana le había hecho. Oh, tan solo el recordarlo lo hizo enojar mucho. No podía creer que ella se hubiese atrevido a tratarlo de esa manera.

Greg no se daba cuenta de lo que estaba pasando en su interior, pero las máquinas registraron cómo respondió su organismo: le subió la presión sanguínea, aumentó el ritmo de su corazón y sus músculos se pusieron tensos. Los investigadores repitieron la misma prueba en una cantidad de voluntarios, todos con resultados similares. Estar dispuestos a perdonar o no estarlo parece afectar nuestro cuerpo.

No guardes rencor hacia quienes te han hecho mal. Acepta el consejo de Jesús, y perdona libremente.

Por Helen Lee Robinson

SE VE EN SU ROSTRO (Prov. 23: 7)

En Milán hay un maravilloso cuadro con colores carmesí, púrpura y dorado que una mano maestra pintó. El tiempo ha suavizado su frescura, pero su vigor, hermosura y belleza todavía están allí. Es el cuadro de la Última Cena en la cual el Maestro fue el anfitrión, justamente antes de que fuera juzgado y crucificado. Jesús está allí en medio de los doce a quienes confió su obra, Les acababa de decir que su hora había llegado, "un poquito, y no me veréis y otra vez un poquito, y me veréis".

y entonces, con ese tono de voz profunda y vibrante, como el de las campanas del templo de Jerusalén, que lo caracterizaba, agregó que entre ellos había uno que lo entregaría a sus enemigos.

En el rostro de los discípulos se dibuja la curiosidad por saber quién es. -¡No Yo, Señor!

-¡Con toda seguridad, yo no soy!

-¡Maestro, tú sabes que yo daría mi vida por ti, nunca te traicionaría!

Si nosotros pudiéramos contemplar ese cuadro nos parecería vivo Y casi oíríamos las voces de los discípulos hablando al Hijo de Dios para que les creyera. Nuestra mirada se encontraría con la mirada penetrante, justa y limpia de Juan, el discípulo amado y seguramente diríamos, no éste no es. Pero al mirar a cada rostro, de pronto nos detendríamos ante un semblante rudo, con una mirada esquiva y astuta, llena de maldad. Este es el hombre, diríamos. Habríamos encontrado a Judas.

Cuando Leonardo de Vinci pintó ese cuadro, buscó y buscó por todas partes el rostro de los personajes que pudieran representar mejor a los doce apóstoles. Uno por uno los fue encontrando hasta que solamente le faltaba Judas. Fue a los centros de vicio Y crimen Y cada vez que veía un rostro endurecido por la maldad, lo observaba cuidadosamente, esperando encontrar en él el rostro de Judas. Los años pasaron y todavía el cuadro estaba sin terminar esperando el modelo que necesitaba.

Y entonces, una noche, cuando las sombras siniestras se recogían en un callejón, se encontró con un rostro cuya maldad y disipación se ajustaban exactamente al rostro que él quería. Llevó al hombre a su estudio Y comenzó a pintarlo.

Mientras trabajaba notó que los ojos del hombre fijos en el cuadro, miraban vagamente el rostro de Juan, el discípulo amado.

-Ese es un rostro hermoso -dijo el artista-o La fuerza y la virilidad que se revelan en él deben de haber sido de gran valor para el discípulo amado.

En la profundidad de los nublados ojos del hombre que había sido seleccionado para representar a Judas, el más odiado de todos los hombres, se estaba efectuando una amarga lucha. -Usted no se acuerda de mí, ¿verdad? -preguntó por fin a Leonardo de Vinci.

-Bueno, no, no creo que le he visto antes -contestó el artista pensativo.

-Ah, sí, usted me ha visto. Hace varios años me trajo usted a este mismo lugar y me sentó aquí mientras pintaba esa cara -y el extraño señaló la cara de Juan que estaba al lado del Maestro mismo-o ¡Ah, sí tan sólo pudiera volver atrás y borrar para siempre la vida que he llevado desde entonces!

Pero él no podía borrar esos años de pecado en los que había vivido, que aparecían en cada gesto, mientras de Vinci, conmovido, continuaba pintando el terrible rostro.

Jesús también está pintando cuadros en nuestras vidas; y si le permitimos, su propia imagen se reflejará en nuestros rostros.

SHOUHRI

Por *Eva Harding*

SHOUHRI es una niñita persa que vive con sus padres cerca del mar Caspio.

El verano en que ella tenía seis años el papá le dijo que iban a ir a visitar a sus abuelos durante algunas semanas. Shouhri se alegró mucho cuando oyó la noticia, porque su abuelo tenía una casa grande con un jardín amplio y fresco. A ella le gustaba jugar en el patio grande con sus primos y los niños vecinos.

Shouhri y sus padres eran adventistas del séptimo día, pero sus abuelos no. Sus abuelos eran musulmanes. No creían en Jesús, y eso apenaba a Shouhri y a sus padres. No obstante mientras estaban en la casa de su abuelo, siempre que Shouhri y sus padres tenían oportunidad de hacerlo daban testimonio a favor de Jesús. A veces también tenían oportunidad de hablarles de Jesús a sus otros parientes.

Un lindo domingo de sol, algunos de los parientes vinieron a visitarlos. Shouhri y sus primos decidieron jugar en el jardín grande. El papá y la mamá de la niña estaban en la casa, donde era más fresco, conversando con los demás.

De repente los padres de Shouhri oyeron que los niños gritaban en el jardín. El padre salió para ver por qué hacían tanto ruido. Uno gritó que una de las puertas pesadas que habla en el cercado del jardín se había caído y que Shouhri y una de sus primitas habían quedado debajo. El padre miró hacia el pasaje que conducía del jardín al camino, y vio un hueco en el cerco y las bisagras dobladas. De repente vio la puerta caída en el suelo. Corrió hacia la puerta y las niñas que habían quedado atrapadas. Trató de levantarla pero era demasiado pesada. Pesaba casi una tonelada. Ni siquiera la pudo mover. Estaba seguro de que las dos niñas habían muerto aplastadas.

Los parientes y vecinos, al oír los gritos, acudieron para ver qué ocurría.

Cuando vieron que el padre de Shouhri procuraba mover la pesada puerta, se apresuraron a ayudarlo. Por fin consiguieron levantarla de sobre las niñas.

Estas yacían en el suelo inmóviles, con los ojos cerrados. El papá tomó tiernamente a Shouhri y corrió hacia la casa, colocándola sobre una cama. Alguien llevó a la otra niña a otro cuarto. La mamá, la abuela y el abuelo entraron en el cuarto donde el padre había colocado a Shouhri. A los pocos minutos ésta abrió los ojos y miró a su alrededor.

Su padre la examinó cuidadosamente para ver si estaba lastimada. Para sorpresa y regocijo de todos no pudo encontrar una sola herida en la niñita.

El abuelo le preguntó entonces a Shouhri cómo era que ella y la otra niñita no fueron lastimadas cuando la enorme puerta les cayó encima.

Shouhri respondió sin vacilar que cuando la puerta cayó ella había visto a Jesús parado a su lado, y que él habla sostenido la puerta para que no las lastimara.

El abuelo se echó a llorar. Abrazó a Shouhri y le dijo humildemente:

Shouhri, yo creo que tu Jesús te salvó.



Cuando el papá y la mamá oyeron que Shouhri le hablaba a su abuelo de Jesús, agradecieron a Dios, quien protege a sus hijos en todas partes.

SILLY Y WILLY

Por **Roberta Sharley**

EL SR. GREEN se sentó en el asiento del gran buldozer que rugía estrepitosamente mientras recogía en montones los troncos cubiertos de nieve. De repente el Sr. Green notó que la reja del buldozer levantaba un objeto pequeño y negro.

"¿Qué será eso?" se preguntó, deteniendo la pesada máquina. Luego saltó al suelo para indagar de qué se trataba. "¡Mira!" exclamó agachándose luego para levantar un cachorrito de oso. En eso oyó un gemido extraño que provenía de un lugar cercano. Mirando a su alrededor, descubrió que provenía de otro cachorrito como el que tenía en la mano. Los oseznos eran tan pequeños que todavía no habían abierto los ojos. Y no tenían pelo.

"La osa debe haberse asustado con el ruido del buldozer y habrá huido", pensó el Sr. Green levantando el segundo cachorrito. Hacía mucho frío, de modo que abrigó a los dos cachorritos, metiéndolos debajo de su chaqueta.

Al regresar al campamento del aserradero encontró allí al Sr. Jonkel, uno de los colonos del lugar, muy versado en osos.

El Sr. Jonkel ofreció llevar a su casa a los dos cachorritos para cuidarlos.

Cuando el Sr. Jonkel llegó a su casa trayendo los dos oseznos, su hijo Santiaguito lo recibió con grandes demostraciones de júbilo. Observó luego a su padre cuando colocó a los dos ositos en la balanza y los pesó. Cada uno pesaba un poquito más de medio kilo.

-¿Qué edad tienen? -quiso saber Santiaguito.

- ¡Oh! Son muy chiquitos -respondió el papá-. Cuando nacen, los ositos no tienen pelo, son ciegos y carecen de dientes. Durante los primeros cuarenta días quedan con la madre en la guarida y no hacen otra cosa sino comer y dormir. Al fin de ese tiempo ya pesan unos dos kilos y comienzan a salir de la cueva. De modo que estos ositos no pueden tener más que días.

-¿Cómo les daremos de comer? -quiso saber Santiaguito.

-Aquí traigo dos mamaderas con leche caliente -anunció la madre que venía de la cocina.

Santiago observó cómo sus padres alimentaban a los cachorritos. Al principio les resultó difícil que los ositos tomaran el biberón, pero luego les costó conseguir que los soltaran.

-Llamémoslos Silly y Willy -sugirió Santiago cuando el papá los puso en una caja donde colocó una frazada suave para mantenerlos calientes.

Pero los cachorros gimieron hasta que el papá trajo una bolsa de agua caliente y la colocó entre los dos. Entonces Silly y Willy dejaron de llorar y se durmieron.

Santiago se pasaba los días jugando con sus ositos los cuales crecían a ojos vistas. También les creció el pelo y finalmente abrieron los ojos. Era muy divertido observarlos cuando procuraban caminar. A veces se tropezaban con su propia barriguita y caían de espaldas. Otras veces sus inseguras patitas no lograban sostenerlos y caían de bruces.

Un día cuando sus patas parecían bastante fuertes, el papá de Santiago les enseñó a trepar a un árbol.

A Silly le costó bastante, porque tenía miedo, pero su hermano se divertía mucho trepando al árbol.

A los ositos les gustaban algunas cosas que también les gustan a los chicos. Les encantaba que los alzaran en brazos, que los mecieran y que los acariciaran. Pero Santiago descubrió que a los ositos les gustaba además que les rascaran las orejas.

Los dos ositos eran muy curiosos y a Silly le gustaba ver qué había debajo de una hoja seca. Y Willy un día quiso saber qué era lo que había al pie de un paredón de concreto. Para ello se trepó al paredón y no tardó en descubrirlo, porque se inclinó tanto para verlo, que perdió el equilibrio y fue a parar al suelo cubierto de césped, al pie del paredón.

A veces los ositos jugaban con el carrito de Santiago. Les gustaba subirse al carrito y luego dejarse caer al suelo. A veces uno lo llevaba al otro. ¡Cómo se divertían jugando con el carrito! Otra cosa que les encantaba era la mecedora de Santiago. Willy solía sentarse primero en la silla. Luego se daba vuelta



para mirar a Silly y le daba un gran beso osuno, bien húmedo. Mientras que Willy se mecía, Silly se quedaba junto a la silla, esperando su turno. Santiago se divertía mucho jugando con sus ositos, pero un día mientras jugaban, Willy le dio un mordiscón en el brazo.

-¡Av! ¡Tienes dientes muy afilados! -lo reprochó Santiago.

Es que a medida que se hacían más grandes se iban poniendo más groseros para jugar. A veces se paraban de manos contra Santiago y lo derribaban al suelo. Afortunadamente el papá de Santiago les había cortado las uñas para que no lo lastimaran.

-Santiago -le dijo un día el papá-. tendremos que llevar a Silly y a Willy a un lugar donde se encargan de cuidar animales, porque se están volviendo muy rudos. No se dan cuenta de lo que hacen. Los llevaremos al zoológico. Allí estarán felices.

Cuando los llevaron al zoológico, el encargado de los animales los puso en una jaula. Al verlos encerrados, Santiago lloró, pero los osos parecían sentirse muy felices. Se paraban de manos y pronto aprendieron a pedir manías a los niños que iban a verlos.

Santiago también visitaba a menudo el zoológico para ver a Silty y a Willy. Por fin llegaron a ser osos grandes, pero Santiago siempre recordaba los dos cachorritos pelados, desdentados y ciegos que su papá había llevado un día a la casa y que él había ayudado a cuidar.

SI LO TIENES, COMPÁRTELO (BASADO EN JUAN 6:9)

Daniel no podía creer que su madre lo hubiera dejado ir solo a la reunión al aire libre. Los miles de asistentes estaban entusiasmados. Les agradaba la forma como el Maestro les hablaba. Al aproximarse el mediodía, su estomago comenzó a advertirle que necesitaba comida. Daniel miró agradecido la canastita con los alimentos que su madre le había preparado en la mañana.

Cuando miró a su alrededor, notó que nadie más había llevado comida. Eso le preocupó. Era un chico que estaba creciendo y la sensación de hambre que sentía le decía que los cinco pequeños panes y los dos peces lo mantendrían apenas hasta que volviera a su casa a la hora de la cena.

Por eso se asustó cuando un hombre lo tocó y le preguntó qué tenía en la canastita.

—Tengo pan y dos peces —contestó el chico.

Había reconocido de inmediato a esa persona como uno de los discípulos del Maestro.

—¿Quisieras compartirlo con nosotros? —preguntó el hombre.

Daniel miró la canastita con ojos hambrientos, y luego miró a la multitud que también tenía hambre. Tragó saliva. ¿Cómo podría ser egoísta con lo poco que tenía cuando la necesidad era tan grande?

—Aquí está mi comida —contestó entregando la canastita.

Vio cuando el discípulo entregaba la canasta a Jesús, quien dio gracias y comenzó a repartir los panes y los peces. Hubo para todos en abundancia.

SIN DIRECTOR

El concierto de 1922 del Ensemble Pervyi Simfonicheskyi en Moscú, Rusia, fue un evento histórico: por primera vez, una orquesta importante en el orden mundial se presentó sin director. Los músicos decidieron que no necesitaban director. Después de todo, ellos eran profesionales. ¿Por que necesitaban de alguien que les dijera lo que tenían que hacer? ¿Por qué no podían tocar juntos, sin un director?

Su primer concierto fue un éxito. Los músicos tocaron muy bien juntos, aunque no tenían director. Durante los siguientes cuatro años, la orquesta sin director continuó tocando. Pero, entonces las cosas comenzaron a desmoronarse ¿Por qué el primer violín hacía gestos e indicaba el tiempo? ¿Estaba tratando de dirigirlos? ¿Por qué tenían primeros y segundos fagotistas? ¿Significaba eso que algunos músicos eran mejores que otros? Las peleas continuaron, tomando cada vez más tiempo en los ensayos. En 1928, el grupo tuvo que disolverse.

A veces, es importante tener un conductor, alguien que esté a cargo. Las orquestas necesitan de los directores. Y nosotros, como cristianos, necesitamos que Cristo guíe las cosas. De esa manera, todos podemos permanecer unidos. La Biblia habla de Jesús como la cabeza, y de su pueblo como el cuerpo, unido a él. El apóstol Pablo escribió: "...al vivir la verdad con amor, creceremos hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir, Cristo. Por su acción todo el cuerpo crece y se edifica en amor, sostenido y ajustado por todos los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro".

Si, necesitamos de Cristo. Y con él como la cabeza, podremos trabajar juntos de la manera en que debemos hacerlo.

Narrado por: Keii Johnson

SITI, EL ORANGUTÁN

Siti era un orangután hembra que alguien había rescatado de gente que lo había tenido ilegalmente como mascota. Ahora, vivía en un refugio para animales, donde estaba aprendiendo a sobrevivir por sí mismo en la selva.

Un día, Siti encontró un coco e intentaba abrirlo. Como no pudo hacerlo, lo tomó y se lo llevó a Jeff, uno de los empleados de la reserva animal. Le entregó el coco esperando que él se lo abriera. En lugar de hacerlo, Jeff le devolvió el coco a Siti, porque estaba tratando de enseñarle a hacer las cosas por sí misma.

El orangután lo intentó nuevamente, esta vez golpeando el coco con un palo. Pero después de un minuto se dio por vencido, y volvió hasta donde estaba Jeff y le dio el coco otra vez. Él le devolvió el coco.

Esta vez Siti hizo algo distinto. Era como si estuviera tratando de mostrarle a Jeff lo que quería que él hiciera. Tomó otro palo y comenzó a golpear el coco con él. ¿Era esto algo que hacían los orangutanes comúnmente? No, Siti estaba repitiendo lo que había visto que Jeff hacía con un machete, o cuchillo largo. Siti nunca había usado un machete para abrir un coco, pero había observado cómo el hombre trabajaba, y habiéndolo observado cuidadosamente, ahora podía imitarlo.

La Biblia dice: "Imiten a Dios, como hijos muy amados, y lleven una vida de amor". Imitar a Dios, ¡esa es una buena idea! Pero, antes de que podamos hacerlo, debemos observar cuidadosamente cómo obra él. Necesitamos leer la Biblia y así llegar a conocerlo. Solo entonces podremos imitar sus acciones, sus palabras, sus pensamientos. Pasa tiempo llegando a conocer a Dios, y aprende cómo puedes ser como él.

Por Helen Lee Robinson

SOLAMENTE CINCUENTA CENTAVOS

Apenas cincuenta centavos fue el precio que un guardia de la costa marítima de Carolina del Norte (Estados Unidos de Norteamérica) pagó por una perra. Pero a la edad de ocho meses, ella reveló su verdadero valor al salvar la vida de otro guardia, Evans Mitchell, fusilero naval de dieciocho años de edad. Era medianoche cuando Nora, la perra, se puso a arañar la puerta del puesto de la Guardia Costera, teniendo en la boca el quepis blanco de Mitchell con el nombre de él grabado. Como Nora daba a entender frenéticamente que quería que ellos la acompañasen, el contramaestre Thomas J. Harris se preparó con rapidez.

La perra corrió delante del jefe y se aproximó a Miller, marinero de primera clase, que estaba haciendo la ronda en aquella noche.

El la siguió y encontró a Mitchell con el rostro en la arena, inconsciente.

Mientras Miller intentaba hacer volver en sí a Mitchell, Nora lo empujaba con fuerza por el brazo, intentando inútilmente levantarlo.

Cuando el jefe llegó, el cuerpo inmóvil fue llevado hasta el puesto, donde recibió el tratamiento de emergencia. Al día siguiente Mitchell fue trasladado al hospital de la Marina, donde permaneció recuperándose durante un mes.

"Mitchell hubiera muerto congelado", dijo Harris, "si la perra no lo hubiera encontrado, pues él estaba acostado en un lugar solitario, en la playa; y la noche estaba muy oscura y fría".

Nora fue a visitar a Mitchell en el hospital, muy solícita por el bienestar de él, demorándose a su lado más que al lado de los otros hombres. Después que Mitchell se restableció totalmente, ella volvió a su política de no tener predilección por nadie.

La historia de esta perra en el puesto de la Guardia Costera comenzó más de medio año antes, cuando un antiguo marinero se la compró a una familia del vecindario. Criada por los hombres en el puesto desde que era una cachorra, ella se aficionó mucho a todos ellos.

Al crecer, Nora comenzó a acompañar a los hombres que patrullaban la playa, y aunque no estaba entrenada para ese trabajo, pronto se mostró tan capaz profesionalmente como los perros entrenados.

Nora podía percibir rápidamente cualquier ruido o cosa extraña, y nunca dejaba al guardia a quien ella estaba acompañando, aunque encontrase a muchos otros patrulleros en la playa desierta.

Al volver al puesto, después de su primera ronda, estaba lista para salir inmediatamente a la segunda. E hizo eso por algún tiempo hasta que comprendió que estaba haciendo dos rondas por noche, al paso que los hombres hacían una sola. De modo que notando que aquella era una tarea adicional, Nora dejó de hacer la segunda ronda, volviendo al puesto para echar un sueño.

Cuando su dueño fue trasladado, quería mucho llevarse a Nora consigo, pero el personal del puesto de la Guardia Costera se había apegado tanto a ella que decidieron contribuir con 50 centavos cada uno, y de ese modo la compraron.

SOLDADO HERIDO

Gritando de dolor, Mauricio se desplomó en el suelo. Un pedazo de metralla le había dado. Ahora estaba demasiado lastimado como poder levantarse y moverse, y los médicos no podían llegar hasta donde él estaba, por causa de la batalla que se desarrollaba a su alrededor.

Cayó la noche, y Mauricio tuvo que pasarla en un pequeño agujero en el piso. Se sentía débil por la pérdida de sangre y por no haber comido en todo el día. Entonces, pensó en el bocado de comida que tenía en su bolso. Si tan solo tuviera la fuerza para rodar y abrir el bolso... Pero no podía. Si no comía algo pronto, con seguridad moriría.

Al escuchar un ruido, Mauricio levantó la vista. Vio a una gallina caminando hacia él. La gallina se detuvo cerca de su mano y puso un huevo. Mauricio tomó el huevo y se lo comió. Pronto se sintió un poquito mejor.

A la mañana siguiente, la gallina vino nuevamente y puso otro huevo. Lo mismo ocurrió al otro día. Esto se repitió durante cinco mañanas. Mauricio pudo alimentarse lo suficiente con los huevos como para mantenerse vivo hasta que la batalla terminó y un médico lo atendió.

Mauricio se dio cuenta de que Dios lo había cuidado. Era como cuando los cuervos alimentaron al profeta Elías. "Por la mañana y por la tarde los cuervos le llevaban pan y carne"

Para Elías, cuervos; para Mauricio, una gallina. Sí, a veces Dios provee de maneras poco comunes para nuestra ayuda y necesidades, pero sabemos que él siempre estará allí, para nosotros. Podemos confiar en él; el señor cuidará de ti y de mí.

Por Helen Lee Robinson

SÓLO UNO MÁS

-¿Otro niño? -exclamó el señor Gorsuch, mirando fijo a su esposa-. Sé que te encantan los niños, pero ya tenemos tres nuestros. ¿No son suficientes?

-Solo uno o dos más, ¡por favor! -insistió su esposa-. Hay tantos niños que necesitan de un hogar. Finalmente accedió. Y unas pocas semanas más tarde, el señor y la señora Gorsuch se convirtieron en padres sustitutos de dos niños pequeños. Pronto, estos se convirtieron en parte de la familia; y los Gorsuch agregaron sus fotos a los retratos exhibidos en la pared de sus propios hijos.

-¿Qué te parece uno más? -preguntó la señora Gorsuch un día.

Y así fue que otro niño vino a vivir con ellos, y los padres colocaron otra foto en la pared. Algunos meses más tarde, otro niño se les unió. A medida que los años pasaban, los Gorsuch abrieron su hogar a más y más niños. Perteneían a diferentes nacionalidades, y tenía diferente color de piel. Algunos niños se quedaron poco tiempo, mientras que otros permanecieron por más tiempo. Pero, siempre el matrimonio Gorsuch cuidó bien a los niños y les dio el amor y la atención que necesitaban. Durante 45 años, los Gorsuch sirvieron de padres sustitutos a muchos, muchos niños. A cada niño, le sacaban una foto y la enmarcaban. Hoy las paredes y las mesas de la casa de los Gorsuch están llenas de fotos de sus niños. No solo uno o dos, sino ¡233!

¿Puedes imaginarte tener 233 hijos? Son muchos nombres que recordar, y muchos niños que amar. Pero ¿sabes algo? Dios quiere una familia más grande todavía. Él anhela tener más de 233 hijos para amar y cuidar. Sí, siempre hay lugar para uno más. Escucha lo que dice la Biblia: "A cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios". Tú puedes formar parte de la familia de Dios. Él quiere ser tu Padre celestial.

Por Helen Lee Robinson

Sólo unos Traguitos

-JORGE Margan, Mr. Wilson quiere hablar Con Ud. y lo espera en su oficina -anunció la secretaria.

-¡Mr. Wilson quiere hablar contigo! ¿Debemos felicitarte o darte el pésame?

-¿Has cometido alguna fechoría, robado acciones de la firma o forzado la caja fuerte?

-¿Qué vas a contestarle si te ofrece la vicepresidencia de la compañía y la mano de su hija?

-Aceptaré la vicepresidencia y, por amor a Nancy, rechazaré la mano de su hija -bromeó Jorge, y luego, poniéndose serio añadió:- Me pregunto qué me querrá decir Mr. Wilson ...

-¡Valor, muchacho! Te espera algo grande... o muy bueno " o muy malo. Prepara el ánimo para cualquiera de las dos posibilidades.

No eran absurdos los comentarios de sus compañeros de trabajo, porque Mr. Wilson, presidente de la poderosa firma Wilson y Cía. Ltda., era un ser casi mitológico para los empleados de menor jerarquía. Lo consideraban con justa razón un hombre excepcional, de incansable actividad, ocupado en múltiples empresas y negocios, y con éxito positivo en todos ellos. Naturalmente, no tenía tiempo ni ocasión para relacionarse con sus numerosos empleados, y por eso lo juzgaban poco menos que inaccesible. Sin embargo parecía estar siempre al tanto de todo lo que ocurría y se realizaba al amparo de esa magna firma Wilson y Cía. Ltda., y nadie debía acariciar la ilusión de que podría cometer la menor infracción a la disciplina y los estatutos de la compañía sin que Mr. Wilson se enterase. Pero -y aquí la razón del inmenso respeto que les merecía-tampoco ignoraba los aciertos, la fidelidad, la diligencia y el interés que el menor y al parecer más anónimo de sus empleados revelaba en su trabajo.

Mientras Jorge dirigía sus pasos hacia la oficina del potentado, iba haciendo un rápido y reconcentrado examen de conciencia. . . No, no creía haber cometido el menor desliz. . . Al contrario, estaba seguro de haberse desempeñado concienzuda y eficientemente en sus responsabilidades. No podía ser de otra manera: le gustaba su trabajo y tenía genuino interés en el progreso de la casa, con la cual se sentía identificado. Al llegar delante de la puerta donde se leía "H. D. Wilson, Presidente", enderezó los hombros y entró resueltamente.

Mr. Wilson levantó la vista de los papeles que estaba revisando con intenso interés, se reclinó cómodamente en el respaldo del sillón y miró de frente al hermoso joven que se había detenido ante su escritorio. A Jorge le llamó poderosamente la atención la mirada de esos ojos que brillaban con la luz de una inteligencia nada común, ojos que parecían penetrar hasta los repliegues más recónditos del espíritu. Era natural que un triunfador como el imponente caballero que tenía delante no perdiera tiempo en preámbulos...

Mr. Wilson lo ametralló con varias preguntas inesperadas, dirigidas una tras otra con tal rapidez que apenas permitían respirar, y que el joven contestó sin vacilación, en forma concisa y segura, lo cual evidentemente satisfizo al magnate de los negocios. De pronto, una sonrisa franca y amistosa transformó la fisonomía -hasta entonces como tallada en granito-del Sr. Wilson mientras él explicaba al joven que había querido tener el gusto de comunicarle personalmente una decisión del directorio. En atención a sus buenos servicios y aptitudes, había resuelto conferirle un cargo de mayor responsabilidad, etc., etc. El nuevo cargo y los etcéteras significaban un notable ascenso y un apreciable aumento de sueldo... Jorge Margan quedó tan emocionado que balbuceó su agradecimiento con frases entrecortadas, bien reñidas con la retórica. Mr. Wilson rió semi divertido ante la confusión del joven y, al darle un vigoroso apretón de manos, pronunció unas palabras que eran toda una promesa y una amonestación a la vez:

-Amigo Margan, ha entrado Ud. por el camino del triunfo; no se desvíe de él.

Entró como una tromba en la oficina que compartía con sus dos amigos. Tenía el rostro tan radiante que éstos no necesitaron preguntar para saber que la entrevista había sido venturosa. Cuando les comunicó la noticia, lo felicitaron con sinceras y ruidosas demostraciones de alegría. Alberto dijo:

-Esto tenemos que festejarlo. Ya es la hora de salida: antes de separarnos, vayamos al bar de enfrente y bebamos una copa en tu honor.

-Tú sabes, Alberto, que yo no bebo -le contestó Jorge-, y que la ética de la Compañía es rigurosa en este sentido: no quiere que sus empleados beban.

-Claro, porque saben que muchísimas personas no ejercen el dominio propio necesario para mantenerse de este lado de la línea. Yo bebo con estricta moderación. No seas puritano: sólo unos traguitos.

-Pues yo, no bebo ni siquiera unos traguitos; pero tendré el mayor gusto de festejar tu ascenso con una naranjada -manifestó Enrique sonriendo.

-Ah, tú eres Enrique el incorruptible -dijo Alberto en tono de chanza- Vamos. Los tres amigos se dirigieron al bar. -Whisky para dos -ordenó Alberto.

Enrique pidió una naranjada. .. Los tres estaban muy alegres y charlaron un rato animadamente. Alberto vació su vaso y lo volvió a llenar. Jorge hizo lo mismo.

-¡Eh, no pases la línea! Yo soy veterano. .. A ti te basta y sobra con una copa.

Quizá porque le pareció que esta broma hería su amor propio o porque el feliz acontecimiento lo había excitado hasta el punto de perturbar el equilibrio entre sus impulsos, su raciocinio y su voluntad, o porque el licor le resultó sumamente agradable al paladar, lo cierto es que Jorge Margan bebió a la par de su amigo. Enrique lo contemplaba en silencio, en un silencio cargado de pena y desaprobación.

Al separarse los tres, Jorge subió en su auto y se dirigió presurosamente a casa de Nancy Evans. Estaba más que alegre... y ansioso de llegar pronto para darle la grata noticia. Gozaba anticipadamente el placer de ver cómo se animaría el lindo rostro y brillarían de entusiasmo los grandes ojos azules. No es de extrañar que apretara cada vez con más fuerza el acelerador sin darse cuenta de que marchaba a una velocidad muy superior a la reglamentaria. Ya faltaban pocos metros para llegar... sólo doblar una esquina...

En esa calle, a mitad de cuadra estaba la casa de Nancy.

.. Precisamente por esa calle y en sentido opuesto venía otro auto... Distráido con sus venturosos pensamientos, Jorge olvidó que a él le correspondía detenerse en la bocacalle. .. Se oyó un áspero rechinar de frenos y el ruido característico de un viraje brusco.

... Nancy se asomó a la ventana del segundo piso y la ansiedad se pintó en su rostro juvenil al identificar uno de los dos coches que tenían sus parachoques peligrosamente trabados, y reconocer la alta y gallarda figura del joven que junto a un caballero de edad examinaba cuidadosamente la posición y estado de los vehículos. Respiró aliviada cuando vio que los dos sonreían amistosamente, subían a sus respectivos coches y maniobraban con pericia y precaución para separarlos. Nancy cerró la ventana y bajó corriendo las escaleras, mientras Jorge detenía su coche frente a la casa y hacía sonar escandalosamente la bocina. Los dos se encontraron en el portón.

-¿Qué sucedió, querido? Apenas te has librado de un accidente...

-Efectivamente. Fue culpa mía, tesoro; corrí más ligero de la cuenta porque estaba tan, tan ansioso de llegar para darte una noticia formidable. .. Entremos -le dijo rodeando con su brazo la esbelta cintura.

-Sucede que Mr. Wilson me hizo llamar a su oficina -empezó, y con lujo de detalles le contó el desarrollo, motivo y final de la entrevista.

A medida que avanzaba el relato, se iba animando el expresivo rostro de la joven, y al final palmoteó con júbilo infantil. Luego, poniéndose seria, colocó ceremoniosamente las manos sobre los hombros del joven y le dijo con fingida solemnidad:

-Esto merece un beso -pero al acercar su rostro al de su amado, lo retiró impulsivamente, y esta vez con auténtica gravedad le dijo:- ¿Has bebido, Jorge?

-Sólo unos traguitos, querida. Verás; los muchachos quisieron celebrar mi ascenso... Tú comprendes... No podía desairarlos. "Te juro que es la primera vez que lo hago... y fueron sólo unos traguitos"

-Que casi te ocasionan un lamentable accidente -concluyó ella. Luego de una pausa un tanto embarazosa, la joven se acercó a él, reclinó amorosamente la rubia cabecita en el hombro de su novio y le habló con voz suave y cariñosa, para no herirlo:

-Querido, siempre he admirado tus bellas prendas morales y las elevadas normas que has mantenido en tus relaciones sociales. .. Te conocí y te quise como un perfecto abstemio. .. En defensa de tu hermosa personalidad y eficiencia y, para seguridad de nuestra dicha futura, te ruego que me prometas no beber más...

-¡Por el amor de Dios, Nancy! ¡Me hablas como si fuera un bebedor consuetudinario!

-No, pero escúchame, por favor. Es verdad que no todos los que beben unos traguitos llegan a ser alcohólicos consumados, pero lo triste es que no podemos predecir quiénes sabrán ejercer dominio propio, limitándose siempre a unos traguitos, y quiénes serán esclavos del vicio. Tú no sabes si esto no constituye precisamente el punto débil y vulnerable de tu personalidad, tu talón de Aquiles. Pero supongamos que no fuera ése el caso. Hay otro aspecto del asunto. Tú sabes tan bien como yo que " la persona que bebe

ocasionalmente, por el mismo hecho de no estar habituada a ello asume un tremendo riesgo para su seguridad personal, su salud futura y el bienestar de otros". Sabes perfectamente que el uso del alcohol causa la mitad de los accidentes automovilísticos y la tercera parte de las muertes de peatones...

-No prosigas, tesoro. ¡Me has hecho oír una verdadera conferencia antialcohólica. . . y tienes toda la razón del mundo en lo que has dicho! Pero, no temas. Te quiero demasiado para arriesgar tontamente nuestra felicidad; además, soy ambicioso, quiero triunfar en mi carrera y no permitiré que ni el alcohol ni otro vicio alguno me cierre las puertas del éxito.

Eran jóvenes y se amaban. A los pocos instantes charlaban alegres y optimistas, tejiendo sus dorados sueños de felicidad.

Al día siguiente su amigo Enrique tuvo una seria conversación con él.

-Tú sabes, Jorge, que "No bebo" es una de las condiciones que debe cumplir cada aspirante que quiere trabajar en esta firma, y que Mr. Wilson es inflexible en cuanto al cumplimiento de este requisito. Sabes también que la Compañía ha despedido sin contemplaciones a más de un empleado por haber tenido accidentes automovilísticos cada vez que se comprobó que dicho empleado era el culpable, porque el directorio sostiene la tesis de que una persona lo suficientemente distraída, o descuidada, o nerviosa, o temeraria, como para motivar un accidente, no posee las cualidades necesarias para representar dignamente una firma prestigiosa como ésta. Y tú ayer diste motivo para ser despedido dos veces, justamente el día cuando te hicieron poner el pie a considerable altura en la escalera del éxito. Huelgan los comentarios.

-Gracias, Enrique. Este es el segundo sermón. El primero me lo dio Nancy ayer. No olvidaré tus palabras. Eres el más leal de los amigos.

Jorge Margan siguió progresando rápidamente, porque tenía talento, iniciativa, dinamismo, don de gentes, buena presencia y otras cualidades propias del triunfador.

Sin embargo a veces, cuando le había ido excepcionalmente bien en un negocio, o cuando algún cliente importante lo convidaba con una copa, Jorge condescendía con unos traguitos. .. Después de tales ocasiones se sentía mortificado, porque se daba cuenta de que el alcohol lo atraía poderosamente y cada vez le costaba más beber sólo unos traguitos. Entonces le parecía ver una cabecita rubia reclinada en su hombro y oír una voz suave y amorosa que le preguntaba: ¿Y si éste fuera tu talón de Aquiles?

Habían pasado seis meses desde aquella tarde en que entró por primera vez en la oficina de Mr. Wilson, cuando se le comunicó nuevamente que el presidente quería hablar con él. ¡Qué contento y satisfecho hubiera encaminado sus pasos hacia la respetable oficina si no hubiera sido por el recuerdo mortificante de aquellos traguitos!

Pero en cuanto traspuso el umbral se dio cuenta de que por esta vez nada debía temer. Al verlo, Mr. Wilson se puso de pie y fue a su encuentro para saludarlo con una expresión complacida y satisfecha. Conversaron de igual a igual sobre distintos aspectos de la marcha e intereses de la firma, y por último le dio el notición: un nuevo ascenso, y esta vez tan respetable, que ahora sólo faltaba un escalón para formar parte del directorio.

Desde que no trabajaban juntos, los tres amigos no se veían todos los días, de modo que Jorge les comunicó la noticia por teléfono y se dirigió más que ligero a la casa de Nancy.

Para Jorge, huérfano de padre y madre desde hacía años, el hogar de su novia era el sitio más placentero y venturoso de la tierra, y sentía hacia la madre de la joven un cariño y respeto filiales que eran correspondidos ampliamente con sinceras demostraciones de afecto y ternura de parte de ella. Hubo mucha alegría esa tarde en aquel hogar. Después de las naturales explosiones de júbilo y los comentarios del caso, convinieron en que al día siguiente fijarían la fecha de la boda y luego los tres se dirigirían en coche a un barrio muy pintoresco en las afueras de la ciudad, donde Jorge había visto una casita preciosa, con jardín y quinta de frutales. Él le había echado el ojo porque le parecía ideal... y se vendía en condiciones ideales... Pero, naturalmente, Nancy y su madre dirían la última palabra.

La llegada de Jorge a la tarde siguiente fue precedida por un mensajero que les entregó tres cajas. Una decía encima:

"Para mamá". La Sra. de Evans la abrió. Eran rosas, bellas rosas, frescas y fragantes. Las otras dos eran para Nancy ; una contenía también hermosas flores y la otra dos espléndidos zorros plateados. La joven se los colocó graciosamente sobre los hombros y se contempló en un gran espejo que había en la sala. ¡Eran

preciosos! ¡Y qué bien lucían sobre su cuerpo esbelto! Lo mismo opinaba su madre al contemplar complacida la gentil figura y el rostro radiante de su hija. -¿Eres feliz, querida?

-¡y tan feliz, madrecita! Feliz por mí y por ti.

Fue a sentarse sobre el brazo del sillón que su madre ocupaba; la besó con tierna devoción y, acariciando la nevada cabellera, prematuramente encanecida, le expresó los sentimientos de amor y gratitud que henchían su corazón.

-Siempre fui dichosa a tu lado. Tus largos años de viudez han significado una constante lucha para proporcionarme lo mejor en cuanto a educación, ambiente y oportunidades. Pero ahora te esperan días mejores, porque la próspera situación de Jorge nos permitirá ofrecerte el descanso y algunas de las satisfacciones que te fueron vedadas en tu vida de abnegación y sacrificio en favor de tu hija.

Estaban las dos abrazadas y conmovidas cuando entró Jorge. Las besó a las dos. Luego sacó un estuche del bolsillo, lo abrió parsimoniosamente, tomó la blanca mano de su novia y en silencio y con gran ceremonia le deslizó una hermosa sortija en el dedo anular. Luego la volvió a besar. Entonces rompieron los tres a reír liberando así la intensa emoción que los dominaba. Ofrecían un cuadro encantador esa madre venerable y amante y esos dos jóvenes hermosos, rebosantes de salud, pletóricos de vida y entusiasmo, unidos los tres por un amor noble y puro y mirando hacia el porvenir con optimismo y legítimas esperanzas.

Mientras las dos mujeres traían de la cocina las tortas y pasteles, masas y demás manjares preparados ex profeso por sus hábiles manos para la ocasión, Jorge se dirigió al automóvil y regresó con una botella de champagne que colocó sobre la mesa junto a los manjares. Nancy lo miró con el mayor desconcierto pintado en el rostro:

-¿Champagne, Jorge? ...

-No me mires con esa carita de ángel asustado, tesoro. Comprende, el champagne es tradicional para las grandes ocasiones, algo así como un símbolo de alegría y buenos augurios. Quería que brindáramos por nuestro amor y felicidad, y parecía raro brindar con agua y soda. Vamos..., sólo un traguito.

La Sra. de Evans sonrió con tolerancia... El muchacho respiraba entusiasmo por todos los poros; era una alegría tan desbordante la suya, que bien merecía un poco de condescendencia por esta vez... La madre levantó la copa y brindó, humedeciendo apenas los labios en el líquido espumoso. Nancy la imitó. Jorge, en cambio, apuró de un solo aliento el contenido de su copa. Después de comer y conversar y reír animadamente, Jorge les dijo:

-y ahora apresúrense. Es mejor que lleven algún abrigo porque volveremos tarde y hará frío al anochecer. Las espero en el coche.

Mientras madre e hija se dirigían a sus dormitorios en busca de los abrigos, Jorge se dispuso a salir, pero, de repente, miró las copas que ellas dejaban intactas, llenas del líquido tentador y, sin detenerse a razonar, se bebió el contenido de ambas; y como aún no se oyeran los pasos descendiendo por la escalera, volvió a llenar una copa y bebió apresuradamente. Se dirigió luego al automóvil y empezó a tocar la bocina.

Pronto estuvieron los tres ubicados en el asiento delantero y emprendieron alegres el paseo.

Nuestros lectores saben perfectamente que una persona cuya sangre contiene el 1,5 a 2 por mil de alcohol no está en condiciones favorables para conducir un vehículo, y que tres vasos de champagne proporcionan sobradamente esa cantidad. Jorge Morgan experimentaba una beatífica pero traidora sensación de bienestar, tranquilidad y confianza propia. . . Nancy notó sorprendida que su novio imprimía una imprudente velocidad al vehículo y salvaba las curvas con temeraria rapidez. Además estaba exageradamente locuaz y eufórico: cantaba, silbaba, decía chistes que festejaba él mismo con sonoras carcajadas... Al principio la Sra. de Evans había celebrado con maternal tolerancia las excesivas manifestaciones de júbilo del joven, pero ahora su sonrisa se iba convirtiendo en una mueca estereotipada, y los ojos iban adquiriendo una expresión de mal disimulado temor. . . En cada curva contenía el aliento y luego volvía a respirar aliviada.

La inquietud y la alarma de Nancy iban en aumento. Varias veces miró a su novio como interrogándolo; y en dos o tres ocasiones posó con firmeza una mano sobre su brazo pidiéndole que guiara con más prudencia.

-No te asustes, chiquita... ¿No conoces acaso mi pericia de conductor? Lo que pasa es que ardo en impaciencia por llegar a la casita para que puedan examinarla detenidamente, a la plena luz del sol. -y diciendo esto, apretó más el acelerador.

Por la misma carretera, y en la misma dirección que llevaban nuestros amigos, marchaba a velocidad moderada un camión, tipo chatita, conducido por un hombre joven, evidentemente un agricultor que, a juzgar por los cajones y cestos vacíos, regresaba sin apuro ni preocupaciones después de haber vendido en la ciudad los productos de su granja. Sentada junto a él iba una linda nena, rubia como los trigales maduros y sonrosada como la aurora. Sus rizos sueltos resplandecían bajo los rayos del sol. En los brazos apretaba con maternal solicitud una muñeca primorosamente vestida y casi tan grande como ella. Por momentos contemplaba con éxtasis a su muñeca, y charlaba feliz y contenta con su padre, en cuyo rostro también podía leerse la sana alegría de una jornada satisfactoriamente cumplida.

Como es fácil suponer, Jorge iba alcanzando y dejando atrás a todos los vehículos que viajaban en la misma dirección, anunciándose con insolentes y nerviosos toques de bocina, como si fuera un coche de la ambulancia o de la policía. "Ya estaba a corta distancia del camioncito, cuando una dolorosa revelación iluminó la mente de Nancy con la repentina y fulminante nitidez de un rayo: ¡la botella de champagne y las copas que ellas dejaron intactas sobre la mesa... Jorge las había bebido, sin duda, cuando ellas subieron al dormitorio! ¡Jorge estaba ebrio! El pánico se apoderó de ella... Debía hacer algo y pronto; pero al mismo tiempo debía obrar con cautela... Ella sabía que el alcohol altera la personalidad del individuo.

-Jorge, tú sabes cuánto me gusta manejar. ¿Me permites el volante un rato?

¡Pero ya era tarde! Nuestros lectores saben que los accidentes ocurren en un instante, en un abrir y cerrar de ojos. No requieren el tiempo que se necesita para describirlos.

Cuando el conductor de la chatita oyó el sonido estridente de la bocina y vio ese auto que se acercaba con la velocidad de un bólido, viró su vehículo prontamente hacia el borde de la carretera. Pero ocurrió que en sentido contrario venía otro automóvil y los tres coincidieron en una curva..., y como Jorge Morgan había perdido en gran parte la debida coordinación muscular y la lúcida apreciación de las distancias, los tres vehículos se encontraron violentamente al mismo tiempo en el mismo sitio. .. El choque fue espantoso. . . Se oyó un horripilante chirriar de frenos y el estrépito de cristales rotos mezclados con ayes de espanto y dolor... El camioncito volcó hacia afuera del camino, y los otros dos vehículos se aplastaron como acordeones.

En pocos momentos el lugar del siniestro estaba rodeado de autos y motocicletas de la policía y coches de la ambulancia.

Como una grotesca ironía de la suerte, el responsable de la espantosa tragedia fue el único que resultó completamente ileso; y, como sucede a menudo, la gran conmoción sufrida le disipó como por arte de magia los efectos del alcohol, de modo que pudo apreciar con entera lucidez la magnitud del desastre, fruto de su imprudencia...

Un empleado de la policía lo sometió en seguida al análisis de sangre: 1,8 por mil de alcohol. Allí, acompañado del agente que lo vigilaba, tuvo que sufrir la tortura de presenciar todas las medidas y procedimientos para auxiliar a las víctimas, sin que se le permitiera ayudar en nada...

Sólo cuando, removiendo los escombros, levantaron la delicada figura de su novia y la acostaron en una camilla mientras gemía débilmente a cada movimiento, fue tan grande la desesperación del joven que el agente, movido a compasión, le permitió acercarse y permanecer junto a ella. El rostro de Nancy estaba blanco como un papel y se contraía dolorosamente, pero al verlo, le sonrió con infinita dulzura. El corazón de Jorge se contrajo de dolor, como si fuera a romperse.

-¿Cómo estás, amor? ¿Qué tienes? ¿Estás herida?

-No sé. . . Las piernas..., Me duelen las piernas horriblemente. . . Pero ya pasará. . . ¿Y mamá? ¿Cómo está mamá?

-Está... bien... Quédate quieta, no te muevas, querida... Mamá está bien...

Jorge hacía un esfuerzo sobrehumano para hablar; tenía la boca terriblemente seca y una palidez cadavérica iba cubriendo su rostro mientras intentaba tranquilizar a Nancy e impedir que se incorporara y viera cómo iban recogiendo los miembros mutilados del cadáver de su madre. ¡Esa madre valiente, amorosa y abnegada a quien él soñaba resarcir de los afanes y sinsabores de sus largos años de lucha, proporcionándole días serenos y felices en lo futuro! ¡Siquiera le hubiera tocado a él morir en su lugar! Pero no, ése hubiera sido un castigo demasiado piadoso...

Felizmente Nancy había perdido el conocimiento... Mientras tanto Jorge vio cómo el granjero se incorporaba lentamente con ayuda de un enfermero y, después de pasarse la mano por la cara y recuperar

la conciencia de lo que había ocurrido, empezaba a buscar con impaciente angustia el cuerpo de su hijita... Vio cómo extraían de debajo del camión la forma inanimada de la criatura, que aún tenía apretada la muñeca contra su pecho. Vio cómo el padre acercaba ansiosamente su oído al pecho infantil y, al comprobar que el tierno corazón había dejado de latir, rompía en sollozos convulsivos mientras alzaba su cuerpecito entre sus brazos. La rubia cabellera circundaba como un abanico de oro la cabecita que colgaba hacia atrás.

Sin duda la policía y la asistencia pública trabajaban con la habitual rapidez y eficiencia que revelan en tales casos; pero a Jorge Morgan le pareció que habían pasado muchas, muchas horas hasta que abandonaron el lugar y le permitieron acompañar a Nancy, desfalleciente y lívida, hasta el sanatorio donde sería atendida. De allí lo trasladaron al departamento de policía.

Mientras esperaba su turno, se dejó caer sobre una silla, deshecho física y moralmente, abrumado por los más sombríos pensamientos, y permaneció allí, la viva imagen de la derrota, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos... hasta que alguien lo sacudió vigorosamente... Su amigo Enrique estaba a su lado mirándolo con infinita compasión y simpatía.

-¿Qué ha sucedido, Jorge?

-¡Todo, todo ha sucedido, Enrique; todo lo peor que puedes imaginar! -le contestó fijando en el fiel amigo su mirada patética- ¡Oh, amigo mío! ¡Si hubiera tomado más en serio tus consejos y la amonestación de Nancy! Pensé beber sólo unos traguitos. . . Pero en ese momento el licor diabólico pareció atraerme con fuerza irresistible. . . y bebí más de la cuenta. Y ahora me ves: por mi culpa varias personas están muertas, y entre ellas la madre de Nancy... Perdido mi empleo, y yo empeñando hasta lo que no tengo para indemnizar los daños causados ... ¡Y algunos daños que nunca podré indemnizar! ¡Siquiera se salvara Nancy! Creo que tiene las piernas fracturadas... ¡ojalá se salve! ¡empezaré de nuevo, me rehabilitaré, lucharé con más tesón y entusiasmo que nunca para hacerme perdonar y hacerla feliz!

Durante los varios días penosos que siguieron, Alberto y Enrique se turnaron para acompañar y alentar a su amigo en los trances rigurosos que le tocó afrontar. Alberto, por su parte, se sentía acosado por amargos remordimientos por haber sido él quien lo incitó a beber la primera copa. En cuanto a Jorge, aceptó con valor e hidalguía las sanciones, tanto de la justicia como de la compañía donde trabajara. Por encima de todo lo abatía la incertidumbre en cuanto a la condición de Nancy.

-Temo que sea más grave de lo que creí al principio -les decía a sus amigos- Los médicos son muy reticentes en sus informes. . . Que no me aflija. Que ella va reaccionando bien. Que tendrán que someterla a una intervención quirúrgica cuando esté más repuesta de la tremenda conmoción sufrida...

Ni él, ni sus amigos, ni las amigas de ella, habían podido hablar con la joven. Sólo les permitían verla unos breves momentos a través de los cristales de la ventana que daba al corredor. Nancy los miraba cariñosamente y les sonreía con su dulce y amable sonrisa...

Y llegó el día de la operación. Su íntimo y fiel amigo Enrique estuvo a su lado durante las interminables y lentas horas de espera. ¡Cuántos centenares de veces recorrió a grandes pasos ese corredor, frente a la sala de operaciones! ¡Cuántas decenas de veces Enrique lo tomó del brazo y lo obligó a sentarse un momento para descansar!... ¡Y cuántos temas de conversación introdujo para distraerlo, sin resultado alguno, porque cada vez se daba cuenta de que eran monólogos reflejados por las paredes!...

De repente -¡al fin! -se abrió la puerta y apareció el cirujano en compañía de los médicos que lo secundaron. Jorge se precipitó a su encuentro.

-Sr. Morgan, seréne. Todo ha ido bien. Se hizo cuanto se pudo y lo único que se podía hacer. La Srta. Evans ha demostrado extraordinario valor y serenidad. Su organismo sano y fuerte le ha permitido resistir con éxito la operación y le permitirá reponerse rápidamente. Por supuesto, contamos con la entereza, el amor, la sabiduría y la solicitud de Ud. para que ella pueda salvar airosamente la penosa prueba que le espera. La cooperación de Ud. será insustituible en estos momentos. Estamos seguros de que Ud. sabrá infundirle el valor y el deseo de vivir que ella necesitará en forma apremiante.

El discurso misterioso del facultativo iba cayendo como plomo en el corazón de Jorge. . . ¿Qué significaban todas estas advertencias? ¿Qué le auguraban?

-Sí, doctor, por supuesto que sí -balbuceó- Pero ahora... ¿puedo verla?

-Aún no ha despertado. Podrá verla cuando pasen conduciéndola a su habitación, si promete contenerse y no hablarle ni tocarla.

Ya oía el rodar de la camilla. .. Enrique, presa de sombríos presentimientos tomó fuertemente del brazo a su amigo. Una enfermera abrió la puerta. . . Al verlos, llevó el dedo a los labios imponiendo silencio. Sus ojos revelaban una profunda pena. . . y apareció la cabecera de la camilla. .. El bello rostro de Nancy aparecía blanco y sereno como una figura de cera, como un delicado y fino camafeo, los párpados cerrados, las largas pestañas sombreando las ojeras azules. Jorge contempló el rostro amado con el corazón henchido de ternura y devoción. .. La camilla avanzaba lentamente. Vio que el pecho de la joven se movía con ritmo regular al impulso de la respiración. "¡Gracias, Dios mío!", murmuró. Sus ojos recorrieron toda la inmóvil figura... y se quedaron como petrificados, desmesuradamente abiertos de espanto y desesperación... La sábana que cubría el cuerpo de la joven caía perpendicularmente a la altura de las rodillas... ¡ Las dos piernas habían sido amputadas!

Jorge se volvió lentamente hacia la pared. .. Un grito desgarrador brotó de su garganta como un alarido que se deshizo luego en sollozos convulsivos que sacudían sus hombros, mientras médicos y enfermeras, profundamente conmovidos, se apresuraban a alejar de ahí la inmóvil figurita.

-¡Nancy, oh Nancy! -clamaba entre sollozos entrecortados-, ¡yo te causé esto, esto, ESTO!

¿Qué podía hacer su amigo sino llorar con él? ¿Existían acaso palabras que pudieran aliviar tan tremendo y lacerante dolor?

Joven lector, cuídate de los primeros traguitos.

"El vino es engañoso", dice el sabio Salomón. y agrega: "No mires al vino cuando rojea, y resplandece su color en el vaso. .. Entrase suavemente, mas al fin morderá como serpiente, y como basilisco traerá dolor".

SU DAMITA

Por *Roberta Williams*

LA MUÑECA de loza había estado en la tienda desde hacía mucho tiempo. Era una de las primeras cosas que Toni, el tendero, había colocado en la vidriera. Como todo lo que había en esa pequeña tienda, esa muñeca era una fina pieza de artesanía, hecha a mano. Los delicados rasgos de su carita habían sido modelados por manos muy cuidadosas.

Entre todos los relojes suizos, los antiguos perritos escoceses, las hermosas muñecas de cera, esta damita con su nariz bien formada y sus alegres ojos azules constituía el orgullo del corazón de Toni.

Cada mañana la sacaba cuidadosamente de la vitrina, y lleno de satisfacción desempolvaba con todo esmero su falda de encaje y sus rulos sedosos. Se sentía bien si comenzaba el día prestando atención a su "damita", como él la llamaba. Toni saludaba a los primeros clientes que llegaban a la tienda con una sonrisa tan placentera que ellos no podían menos que corresponderla. Viejos y jóvenes, todos tenían algo que decir acerca de la muñeca de loza. Toni levantaba en alto su tesoro para que lo vieran mejor. Las niñitas lo admiraban boquiabiertas. Pero ese regalo era muy costoso, y todas lo pasaban por alto después de tocar la mano de la muñeca o tal vez sólo su dedito.

Durante casi diez años la muñeca de loza había ocupado un lugar especial en la vitrina de exhibición, donde atraía la atención de todo el que llegaba a la tienda. Cierta día llegó a ella un caballero que parecía muy importante. Lo acompañaba una niñita. El caballero usaba reloj de bolsillo con cadena de oro. En ese momento Toni estaba dedicado a su tarea matutina de desempolvar la muñeca. Esta atrajo la atención del caballero. La tomó de las manos de Toni y se la pasó a la niña.

-¿Tú crees que a tu prima le gustaría ésta?

-¡Oh, estoy segura que sí! -respondió rápidamente la niñita.

-Entonces la llevaré -anunció el caballero. Volviéndose luego para mirar en torno suyo, vio de pronto una caja redonda y preguntó:

-¿Qué es eso?

-Una caja de música, señor -respondió Toni mostrándole la llave de la cuerda-. Toca una música muy bonita.

El hombre extendió la mano y le dio cuerda. Escuchó la música y luego se volvió hacia la niña. Al hacerlo empujó con el codo a la "damita", la muñeca de loza, y sin querer la tumbó.

Toni quedó boquiabierto al ver su muñeca caída sobre el mostrador. La levantó rápidamente, y vio que las piernas que la sostenían sobre el pedestal de loza estaban quebradas.

-Lo siento- dijo el caballero al ver la expresión de pena que se dibujó en el rostro de Toni-

Indudablemente que estará asegurada. Como no podemos regalar una muñeca rota, será mejor que miremos otras cosas.



Sin ningún entusiasmo, Toni acompañó al caballero a la vitrina donde guardaba hermosas muñecas de cera de muchas clases.

Cuando el hombre y su hija salieron, el caballero llevaba debajo del brazo un paquete con una costosa muñeca de cera, y su hija, la caja de música. Toni se volvió con los ojos llenos de lágrimas hacia su tesoro roto. La más hábil compostura no logró disimular la rajadura que se había producido en las piernas de la muñeca, y Toni tuvo que cambiar su "damita" a un lugar menos visible del estante.

En la época de Navidad se adornaron las vitrinas de la tienda con guirnaldas de siempre verde, y el aire se llenó de alegres melodías navideñas. En las aceras atestadas, compradores de último momento caminaban de un lado a otro.

Un día un joven se detuvo frente a la vidriera de la tienda. Luego, empujando la puerta, entró.

Toni miró al joven. Notó que el traje que llevaba estaba bien planchado, pero se había puesto brillante y las mangas de la chaqueta estaban gastadas y deshilachadas.

El joven echó una mirada al pequeño negocio. Buscó en sus bolsillos y pareció sentirse incómodo cuando Toni se le acercó.

-Yo... estoy buscando un regalito para mi hermanita ---dijo--. No tengo mucho dinero.

Los claros ojos grises que se encontraron con los de Toni reflejaban verdadera abnegación. Toni comprendió que, para ese jovencito, debía significar un verdadero sacrificio gastar su dinero en un juguete. Pensando ayudarlo, le mostró algunas de las cosas más baratas que tenía. Ninguna de ellas pareció adecuarse a lo que el jovencito buscaba.

-Debe ser algo muy especial -dijo--. Quiero algo que ella pueda gozar durante mucho tiempo. He estado ahorrando dinero para comprarme una entrada al concierto. Me gusta mucho el violín y hace tiempo que he querido escuchar a Jascha Heifetz. Pero Juanita, que es mi hermana, está esperando la Navidad y no quisiera que se sintiera chasqueada.

El jovencito paseó su mirada por los estantes. De pronto se quedó contemplando la figurilla de porcelana. Cuando le pidió a Toni que le permitiera ver la muñeca, le brillaban los ojos. Pero cuando se dio cuenta de que se trataba de un juguete caro, su rostro se ensombreció. Costaría más de lo que él podía pagar. Toni advirtió el chasco que se reveló en la voz del jovencito cuando preguntó el precio de la muñeca. El dueño de la tienda pensó en el gozo que iluminaría los ojos de la niña si ella viera ese tesoro debajo de su árbol de Navidad y se enterara de que era para ella. Fuera de toda duda, esa muñeca significaría muchísimo para la niña. Ya ella no le importaría esa rajadura que tenía en las piernas, que ya estaba arreglada. Además, Toni sabía que nunca podría venderla por lo que valía. En cambio, si la dejaba ir por menos precio, proporcionaría muchísima más felicidad a esa niña, del bien que lograría quedando allí en el estante.

Toni le mostró al jovencito las piernas de la muñeca. Aunque habían sido arregladas, todavía mostraban la quebradura.

-Como ve, no puedo pedir mucho por ella-explicó-. Puede tenerla por dos pesos.

El jovencito levantó la vista y miró a Toni. En sus ojos se advirtió una expresión de sorpresa y deleite.

Metió la mano en el bolsillo, sacó el dinero y se lo entregó a Toni con una sonrisa.

-Usaré la última moneda que me queda -dijo--. Pero vale la pena. Gracias, señor.

Poniéndose luego el paquete debajo del brazo, salió.

-Feliz Navidad -le deseó el dueño del negocio. El joven se dio vuelta antes de echar a andar por la calle, y saludó, dejando a Toni con un intenso sentimiento de satisfacción en su corazón porque sabía que su "damita" proporcionaría mucha alegría a su nueva dueña.

SU PALABRA DE HONOR

El presidente de la red ferroviaria colocó sobre su escritorio la carta que había leído tres veces, Y se dio vuelta en su sillón con una expresión de intensa molestia.

-Me gustaría que fuese posible hallar a un muchacho o a un hombre entre mil que quisiera recibir instrucciones y ejecutarlas al pie de la letra, sin apartarse un ápice de ellas -dijo lentamente.

-Cornelio -dijo mirando vivamente a su hijo, quien estaba sentado ante un escritorio cercano-, supongo que estás aplicando mis ideas con tus hijos. No los he visto mucho últimamente. Ciro me parece un joven promisorio, pero no estoy muy seguro de Cornelio. Parece que Cornelio Woodbridge III está adquiriendo un sentido muy grande de su propia importancia, lo que no es deseable, no, de ninguna manera deseable. A propósito, Cornelio, ¿aplicaste ya a tus hijos la prueba de Ezequías Woodbridge? Cornelio Woodbridge hijo apartó la mirada de su trabajo con una sonrisa y dijo:

-Todavía no, papá.

-Es una tradición de familia; y si se ha ejercido el debido cuidado para que los muchachos no sepan nada de ella, será una prueba para ellos, como lo fue para ti, para mí y para mi padre. ¿Te olvidaste del día en que te sometí a ella, Cornelio?

-Eso sería imposible -dijo su hijo, siempre sonriente. Los rasgos algo severos del anciano se suavizaron y se echó a reír mientras se reclinaba hacia atrás en su sillón.

-Hazlo en seguida -sugirió-, y haz de ello una prueba dura. Tú conoces sus características; apriétalos fuerte. Yo me siento bastante seguro de Ciro, pero en cuanto a Cornelio...

Y sacudió la cabeza como dudando, y volvió a alzar la carta. Repentinamente se dio vuelta de nuevo.

-Hazlo el jueves, Cornelio -dijo, con autoridad-, y cualquiera de ellos que la pase debidamente nos acompañará en la gira de inspección. Me parece que esto sería una buena recompensa para cualquiera de ellos.

-Muy bien, papá -contestó el hijo, y los dos hombres siguieron trabajando sin hablar más. Tenían la costumbre de atender sus negocios importantes con la menor cantidad posible de palabras.

El jueves de mañana, inmediatamente después del desayuno, Ciro Woodbridge fue llamado a la oficina de su padre. Se presentó en seguida. Era un muchacho de unos quince años, de mejillas redondas y ojos brillantes, y parecía estar siempre alerta.

-Ciro -dijo su padre-, tengo una tarea para ti, de carácter tal que no puedo explicártela. Quiero que lleves este sobre -y le alcanzó un sobre grande y abultado-y que, sin decir nada a nadie, sigas sus instrucciones al pie de la letra. Quiero que me des tu palabra de honor de que así lo harás. Dos pares de ojos se miraron mutuamente por un momento; singularmente semejantes en cierta expresión grave que se había convertido en gran agudeza en el hombre, pero que en el niño revelaba todavía tan sólo un carácter extremadamente despierto. Ciro Woodbridge tenía un compromiso con un amigo media hora después, pero respondió instantánea y firmemente:

-Lo haré papá.

-¿Me das tu palabra de honor?

-Sí, papá.

-Es todo lo que quiero. Ve a tu pieza, lee las instrucciones.

Luego sal en seguida. El Sr. Woodbridge volvió a sumirse en sus tareas tras expresar la señal de asentimiento y la sonrisa de despedida que Ciro conocía muy bien. El muchacho se fue a su pieza y abrió el sobre tan pronto como hubo cerrado la puerta. Estaba lleno de sobres menores, numerados ordenadamente. Estaban envueltos en una hoja de papel en la cual se hallaba escrito a máquina lo siguiente: "Ve a la sala de lectura de la biblioteca de Westchester. Allí abre el sobre N° 1. Acuérdate de mantener secretas todas las instrucciones". Ciro dejó escapar un silbido.

-¡Esto es raro! Significa que mi compromiso con Haroldo queda roto. Bien, ¡ahí vamos! Se detuvo en el camino para telefonar a su amigo respecto a su tardanza, tomó un tranvía que iba a la avenida de Westchester, Y a los veinte minutos estaba en la biblioteca.

Buscó un lugar apartado y abrió el sobre N° 1.

"Ve al despacho de W. K Newton, oficina 703, piso 10, edificio Norfolk, calle X; llega allí a las 9:30 de la mañana. Pide la carta dirigida a Cornelio Woodbridge hijo. En el viaje de regreso, mientras estés en el ascensor, abre el sobre N° 2".

Ciro empezó a reírse. Pero al mismo tiempo se sentía algo irritado.

-¿Qué está buscando mi padre? -se preguntaba perplejo-. Aquí estoy lejos del centro y me ordena que vuelva al edificio Norfolk. Pasé delante de él cuando venía. Debe haber cometido un error. Sin embargo, me dijo que obedeciera las instrucciones. Por lo general sabe exactamente por qué hace las cosas.

Mientras tanto, el Sr. Woodbridge había mandado llamar a su hijo mayor, Cornelio. Un joven alto, de diecisiete años, con los párpados caídos y un ligero acento en el habla como peculiaridades, se acercó lentamente a la puerta de la oficina. Antes de entrar enderezó los hombros, pero no apresuró el paso.

-Cornelio -dijo su padre prestamente-, quiero mandarte a realizar un trámite de cierta importancia, pero que posiblemente te resultará algo molesto. No tengo tiempo para darte las instrucciones, pero las hallarás en este sobre. Quiero que guardes estrictamente en reserva el asunto y tus movimientos. ¿Me das tu palabra de honor de que puedo confiar en que seguirás las órdenes hasta el mínimo detalle?

Cornelio se puso un par de anteojos, y extendió la mano para tomar el sobre. Casi afectaba indiferencia. El Sr. Woodbridge retuvo el paquete y habló con decisión:

-No puedo dejarte mirar las instrucciones hasta que tenga tu palabra de honor de que las cumplirás.

-¿No es mucho pedir, papá?

-Tal vez -dijo el Sr. Woodbridge-, pero no es más de lo que se pide cada día a los mensajeros de confianza. Yo te aseguro que las instrucciones son mías y representan mis deseos.

-¿Cuánto tiempo requerirá? -preguntó Cornelio, agachándose para sacar una imperceptible manchita de polvo de sus pantalones.

-No considero necesario decírtelo. Había algo en la voz de su padre que hizo erguir al lánguido Cornelio y avivó su habla.

-Por supuesto que iré -pero no hablaba con entusiasmo.

-¿Y tu palabra de honor? -Por cierto que te la doy, papá. Y la vacilación previa a su promesa fue tan sólo momentánea.

-Muy bien. Confío en ti. Ve a tu habitación antes de abrir tus instrucciones. Y Cornelio, al igual que su hermano, salió algo perplejo de la oficina ese memorable jueves de mañana, para encontrar que la primera orden lo enviaba a un barrio apartado de la ciudad con la indicación de llegar allí en cuarenta y cinco minutos. Mientras tanto, en un tranvía, Ciro se dirigía a otro suburbio. Después de recibir la carta en el 10° piso del edificio Norfolk, había leído: "Toma el tranvía que cruza la ciudad en la calle L, trasládase a la avenida Louisville y dirígete a la zona de Kingston. Busca la esquina de las calles West y Dwight y abre el sobre N° 3". Ciro estaba cada vez más perplejo, pero también se interesaba cada vez más en ese asunto. En la esquina especificada abrió apresuradamente el sobre N° 3, pero para gran asombro suyo, encontró tan sólo esta indicación singular:

"Toma el subterráneo y baja en la estación de la calle Duane. De allí ve a la oficina de diario El Centinela y consigue un ejemplar de la tercera edición del número de ayer.

Abre luego el sobre N° 4".

-Pero, ¿para qué me mandó a Kingston? -exclamó Ciro en alta voz. Tomó el siguiente tren subterráneo, pensando pesadamente en su compromiso roto con Haroldo Dunning, y en ciertos planes que tenía para la tarde y que estaba empezando a temer que habrían de arruinarse si continuaba esta acción aparentemente sin fin ni objeto. Miró el paquete de sobres sin abrir.

-Sería fácil abrirlos todos y ver en qué consiste el juego -pensó.

-Nunca he sabido que mi padre hiciese una cosa semejante antes. Si es una broma -se dijo mientras sus dedos tanteaban el sello del sobre N° 4 lo mejor sería descubrirla enseguida. Sin embargo, papá nunca habría de bromear con la promesa de uno. "Mi palabra de honor" es muy importante.

Por supuesto, voy a perseverar hasta el fin. Pero ya tengo hambre. Pronto será hora de almorzar.

Faltaba todavía; pero cuando Ciro recibió dos veces la orden de cruzar la ciudad, y una vez la de subir a la cima de un edificio de dieciséis pisos en el cual no funcionaba el ascensor, eran más de las doce, y se hallaba en condiciones de encontrar muy satisfactorio el sobre N° 7 en el cual leyó:

"Ve al Restaurante Reynaud, en la Plaza Westchester. Toma asiento en una mesa del reservado de la izquierda. Pide al mozo la tarjeta de Cornelio Woodbridge hijo. Antes de pedir el almuerzo abre el sobre N° 8 y lee su contenido".

El muchacho no perdió tiempo para obedecer esta orden y se hundió en el asiento reservado con un suspiro de alivio. Se enjugó la frente y bebió de un solo trago un vaso de agua fresca. Era un caluroso día de octubre y los dieciséis pisos habían representado un esfuerzo penoso. Pidió la tarjeta de su padre, y luego se sentó a estudiar el atrayente menú.

-Puede Ud. traerme... -se detuvo un momento y luego dijo riendo:

-Sí, creo que tengo bastante hambre como para comérmelo todo. Así que empiece con... De pronto recordó lo que debía hacer, se detuvo, y con pocas ganas sacó el sobre N° 8 y lo abrió.

-Un minuto -murmuró dirigiéndose al mozo.

Luego su rostro se enrojeció y tartamudeó:

-Pero, pero, esto no puede ser.

El sobre N° 8 debía haber sido de luto, a juzgar por el pesar que le causó la orden que le daba de ir a un salón de conferencias para oír hablar a un famoso disertante científico. Pero ya se había excitado la sangre Woodbridge, y con una expresión parecida a la de su abuelo Cornelio cuando estaba muy indignado, Ciro salió de ese lugar encantador para dirigirse al salón de conferencias.

-¿Quién tiene ganas de escuchar una conferencia con el estómago vacío? -gimió.

-De todos modos supongo que se me ordenará que salga apenas me siente y estire las piernas. Me pregunto si papá no ha estado un poco mal de la cabeza. Siempre dice que no hay que malgastar el tiempo, y hoy lo estoy desperdiciando a granel. Posiblemente está haciendo esto para probarme. Lo cierto es que no me va a cansar tan pronto como piensa. Seguiré adelante hasta caerme muerto.

Sin embargo, cuando recibió la orden de salir del salón de conferencias e irse a cinco kilómetros, a una cancha de fútbol, y luego se le ordenó que se apartara de allí sin ver el partido que hacía una semana deseaba ver se disgustó intensamente.

Durante toda aquella larga y calurosa tarde corrió por la ciudad y los suburbios, con creciente cansancio y hambre. Lo peor era que las órdenes empezaban a asumir forma de programa y le ordenaban estar en un lugar a las 15:15, en otro a las 16:05, y así sucesivamente, lo cual le impedía estar ocioso, si hubiese tenido inclinación a ello. En todo esto no podía ver propósito alguno, excepto el posible deseo de probar su resistencia física. Era un muchacho fuerte; de lo contrario, habría quedado agotado mucho antes de llegar al sobre N° 17, después del cual quedaban solamente tres en el paquete. Este decía: "Llega a casa a las 18:20. Antes de entrar en la casa lee el sobre N° 18".

Apoyado en uno de los grandes pilares de piedra blanca del vestíbulo de su casa, Ciro abrió con ademán cansado el sobre N° 18, y las palabras parecieron bailar delante de sus ojos; tuvo que restregárselos para asegurarse de que no se equivocaba:

"Vuelve a la zona de Kingston, a la esquina de las calles West y Dwight; llega allí a las 18:50 y lee allí el sobre N° 19".

El muchacho miró hacia las ventanas, finalmente bastante airado. Si su orgullo y su idea del significado de la expresión: "Mi palabra de honor", no hubiesen predominado, se habría revelado y habría entrado en forma desafiante y tormentosa. Sin embargo, se quedó durante un largo minuto apretando los puños y los dientes; luego se dio vuelta, bajó las escaleras y dio la espalda a la cena que tanto anhelaba, en busca de la calle L y del tranvía que lo habría de llevar de nuevo a la zona de Kingston. Mientras lo hacía, dentro de la casa, detrás de las cortinas, desde donde estaba mirando ansiosamente, el anciano Cornelio Woodbridge se dio vuelta, y golpeando las palmas se restregó las manos satisfecho.

-Vino y se fue -exclamó suavemente-, llegó exactamente a la hora indicada.

Cornelio hijo ni siquiera alzó los ojos del diario vespertino mientras contestaba quedamente: "¿De veras?" Pero se aflojaron un tanto las comisuras de sus labios.

El tranvía parecía arrastrarse interminablemente hacia la zona de Kingston. Cuando por fin se estaba acercando al término de su viaje, una fuerte tentación se apoderó del joven Ciro. Había estado allí una vez ese día en cumplimiento de una diligencia sin propósito. La esquina de las calles West y Dwight se encontraba a más de ochocientos metros de donde paraba el tranvía, y era un lugar casi despoblado. Tenía las piernas muy cansadas; el estómago le dolía de hambre. ¿Por qué no esperar el intervalo que se

necesitaría para caminar hasta la esquina y volver, leer el sobre N° 19 y ahorrarse el esfuerzo? Ciertamente había hecho bastante para demostrar que era un mensajero fiel.

¿Pero lo había hecho? Ciertas palabras bien conocidas acudieron a su mente; las había tenido que escribir en su cuaderno de caligrafía en sus primeros días escolares: "Una cadena no es más fuerte que su eslabón más débil". Ciro saltó del tranvía antes de que éste se hubiese detenido y se dirigió a paso apresurado hacia la esquina de las calles West y Dwight. No debía haber puntos débiles en su palabra de honor. Firmemente llegó al límite indicado, y hasta tomó el camino más largo para dar la vuelta. Cuando emprendía el regreso, debajo del farol de la esquina se presentó repentinamente un mensajero de la ciudad. Se acercó a Ciro y sonriendo le extendió un sobre.

-Se me ordenó que le diese esto -dijo-, si nos encontrábamos. Si Ud. hubiese llegado después de las 19:05 no lo habría recibido, pues yo debía regresar. Ud. tuvo un margen de siete minutos y medio. Son órdenes raras, pero el presidente del ferrocarril, el Sr. Woodbridge, me las dio.

Ciro se volvió al tranvía congratulándose de haber cumplido las órdenes y esto fortaleció un poco sus músculos. Este último incidente demostraba claramente que su padre lo estaba sometiendo a una prueba severa de alguna clase, y no podía dudar de que lo hiciera con un propósito. Su padre era un hombre que hacía las cosas con un fin determinado en vista. Ciro pensó en los incidentes del día y escudriñó su memoria para asegurarse de que no había pasado por alto ningún detalle del servicio que se esperaba de él.

Cuando volvió a ascender las gradas de su casa estaba tan confiado en que sus labores habían terminado que casi se olvidó de abrir el sobre N° 20, que debía leer en el vestíbulo antes de entrar en la casa. Cuando ya tenía el dedo sobre el botón del timbre, se acordó de ello y con un suspiro rompió el sobre final: "Da media vuelta y ve a la estación de la calle Lenox, del ferrocarril B, y llega allí a las 20:05. Espera al mensajero en el extremo oeste de la estación".

Esto era un golpe, pero Ciro se había sobrepuesto a otros. Se sentía como una máquina, una máquina vacía, que podía seguir marchando indefinidamente.

Llegó con facilidad a tiempo a la estación de la calle Lenox. El gran reloj indicaba sólo las 20:01. En el lugar designado se encontró con el mensajero, Ciro lo reconoció, era el camarero de uno de los trenes de la línea que presidían su abuelo y su padre. Sí, era el camarero del coche especial de los Woodbridge. Traía una tarjeta para el muchacho, que decía así:

"Entrega al camarero la carta del edificio Norfolk, la tarjeta recibida en el restaurante, la entrada para la conferencia, el ejemplar de El Centinela de ayer y el sobre recibido en Kingston".

Ciro entregó en silencio esas cosas, contento porque no le faltaba ninguna. El camarero se fue con ellas, pero volvió a los tres minutos.

-Venga por aquí -dijo, y Ciro lo siguió, mientras el corazón le latía muy rápidamente. Sobre la vía reconoció el coche particular del presidente Woodbridge. Y él sabía que el abuelo Cornelio iba a iniciar una gira por sus propias líneas y algunas otras, que iba a incluir un viaje a México.

¿Podría ser...? En el coche, su padre y su abuelo se levantaron para recibirlo. Este le extendió la mano.

-Bravo, muchacho -dijo con una amplia sonrisa-, pasaste la prueba, la prueba de Ezequías Woodbridge. Se puede confiar en tu palabra de honor. Vas a recorrer con nosotros diecinueve estados de este país y México. ¿Es suficiente esta recompensa por un día de penurias?

-Creo que sí, abuelito -contestó Ciro, reflejando en su redonda cara la sonrisa de su abuelo, pero intensificada.

-¿Fue una prueba dura, Ciro? -preguntó con interés el anciano Woodbridge. Ciro miró a su padre.

-No me parece, ... al menos ahora -dijo. Ambos hombres se rieron.

-¿Tienes hambre?

-Bueno, un poquito, abuelo.

-Se nos servirá la cena tan pronto como salgamos. Tenemos que esperar solamente seis minutos. Temo, sí, me temo mucho... -y el anciano caballero se dio vuelta para mirar escrutadoramente por la ventanilla del coche hacia la estación-, mucho me temo que la palabra de honor de otro muchacho no... Se enderezó con el reloj en la mano. Vino el guarda y se quedó esperando órdenes.

-Dos minutos más, Sr. Jefferson -dijo.

-Un minuto y medio, un minuto, medio minuto.

Entonces habló severamente:

-Arranque exactamente a las 20:14. El camarero entró apresuradamente y entregó un puñado de sobres al anciano Cornelio. El caballero los miró.

-Sí, sí, muy bien -exclamó, con las mayores pruebas de excitación que Ciro hubiese visto jamás en sus modales generalmente tranquilos. En el momento en que el tren hacía el primer movimiento suave de partida, apareció una persona en la portezuela. Tranquilamente y sin faltarle el aliento, Cornelio Woodbridge III entró en el coche.

Entonces el abuelo Woodbridge asumió un aire impresionante. Avanzó, estrechó la mano de su nieto como si estuviese saludando a un distinguido miembro del directorio, luego se volvió hacia su hijo, y le estrechó la mano también solemnemente.

-Te felicito, Cornelio -dijo-, por poseer dos hijos cuya palabra de honor es irreprochable. La menor desviación del programa bosquejado habría resultado un desastre. Diez minutos de tardanza en diferentes puntos les habrían impedido obtener los documentos requeridos. Tus hijos no fracasaron. Se puede confiar en ellos. El mundo necesita hombres de este calibre. Te felicito sinceramente. Ciro se alegró de poder escapar en seguida con Cornelio a su camarote.

-Dime, ¿qué tuviste que hacer? -le preguntó ávidamente.

-¿Te tocó recorrer la ciudad hasta no poder más?

-No, no me tocó eso -dijo Cornelio, en tono serio, mientras se secaba la cara.

-Me pasé todo el día en una piecita en la parte superior de un edificio vacío, teniendo que hacer exactamente diez viajes por las escaleras hasta la planta baja para recibir varios sobres en determinados momentos. No pude probar bocado ni tuve nada que hacer, y no podía ni siquiera echarme una siestecita por temor a que se me pasase por alto alguna de las citas que tenía que cumplir en la planta baja.

-Creo que tu suerte fue peor que la mía --comentó Ciro.

-Ya lo creo. Si no estás seguro, haz la prueba.

-A cenar, muchachos -dijo la voz de su padre en la puerta, y por supuesto que no se hicieron rogar.

G. Richmond

La honestidad demostrada es el más seguro de todos los juramentos. -Mme. Necker.

SUSANA

Por *Margarita Alexander*

ELENA y Mónica eran primas y también vecinas. Sus padres eran hermanos y trabajaban en una granja grande. Elena y Mónica vivían en casas contiguas, casi iguales. Siempre jugaban juntas en el patio, o en la casa de una de ellas. A veces, en días de lluvia, jugaban en la parva grande o henil.

Tenían también casi la misma edad. Estaban por cumplir cinco años. El cumpleaños de Mónica llegaba primero. Ella cumpliría cinco años en enero, pero Elena tenía que esperar su cumpleaños hasta casi el fin de febrero.

Ese año la abuelita vino de visita en época de Navidad, y todavía estaba allí cuando llegó el cumpleaños de Mónica. El día de Navidad lo pasó en la casa de Elena, pero el cumpleaños de Mónica estuvo en la casa de ésta.

Cuando llegó el día del cumpleaños, la mamá de Mónica invitó a cinco niñas a la fiesta, y Elena era una de ellas. Por fin llegó el momento cuando Mónica abrió sus regalos.

Entre ellos había una caja grande que la abuelita había traído de la pieza de huéspedes, cuando comenzó la fiesta. Elena casi no podía esperar para ver lo que había en el paquete que la abuela le había traído a Mónica. Era una muñeca, una hermosa muñeca, con cabello dorado. En la caja había también una colección de vestidos y una bañera para la muñeca.

-Puede llorar con verdaderas lágrimas -dijo la abuelita-, y puedes bañarla tantas veces como quieras. Elena nunca había visto una muñeca que le gustara tanto como la que Mónica recibió ese día. ¡Cuánto deseaba que fuera suya! Mónica le puso por nombre Susana. La llevaba por todas partes mientras jugaban. Elena deseaba que la abuela estuviera también para su cumpleaños. Tenía muchos deseos de tener una muñeca como la de Susana.

Entonces un día Elena tuvo un mal pensamiento. "Si yo no puedo tener una muñeca como ésta, entonces tampoco quiero que Mónica la tenga". A medida que esa idea se iba haciendo más fuerte en el corazón de Elena, ella se iba volviendo más desconsiderada y cada día se sentía más miserable.

Un día en que las dos niñas estaban jugando en el patio con Susana, comenzaron a discutir. Mónica decía que hacía mucho frío para que la muñeca estuviera afuera. Ella quería entrar y darle un baño. Elena quería quedar afuera y llevar a Susana en su cochecito de muñecas.

-Es mi muñeca -dijo Mónica tratando de tomarla enseguida, pero en ese momento Elena tomó la muñeca y salió corriendo, y corrió hasta la hondonada que había detrás de la casa. Mónica comenzó a llorar y corrió tras ella.

En el fondo de la hondonada había una pila con hierba seca. Allí desembocaba el desagüe del lavadero de la casa, y el papá de Mónica lo había cubierto con paja para evitar que se congelara. Elena retiró un poco la paja y metió en el agua a Susana tan hondo como pudo. Luego corrió a la casa.

-¿Qué pasa? -preguntó la mamá cuando Elena llegó sollozando. Pero ésta siguió llorando y no dijo nada. Pero la madre pronto descubrió lo que había pasado. En la puerta de atrás apareció Mónica llorando con la muñeca empapada. El cabello de Susana estaba lleno de lodo. También tenía las ropas cubiertas de lodo. Y hasta tenía lodo en los ojos.

La mamá tomó a las niñas de la mano y dijo:

-Vayamos a conversar con la abuelita y con la mamá de Mónica.

La abuelita se sorprendió cuando vio lo que había ocurrido. La mamá no dijo nada y Mónica y Elena sollozaban. Finalmente la mamá habló.

-Yo sé que tú tienes un regalo para Elena -dijo dirigiéndose a la abuelita-. Me parece que en realidad debieras dárselo a Mónica, ya que Elena arruinó la muñeca que le diste a Mónica.

-Creo que eso sería lo único justo que podría hacer -estuvo de acuerdo la abuelita-. Le daremos el



regalo de Elena a Mónica, y en su lugar Elena puede tener la muñeca embarrada.

Fue entonces a su cuarto y volvió con una caja grande.

-Todavía no la envolví, pero aquí está.

En la caja había otra muñeca, exactamente como la que Elena había celado tanto. La abuelita se la pasó a Mónica, y la mamá y Elena regresaron a la casa con la enlodada Susana.

La limpiaron y la lavaron, y lavaron cuidadosamente sus ropas, pero no pudieron hacerla otra vez nueva.

Y cada vez que Elena jugaba con Susana, recordaba la mala acción a que la hablan inducido sus celos.

SUSY, LA REMOLONA

Por **Roselyn Edwards**

DE TODOS los apodos en que Susana podía pensar, el que más odiaba era el de "Susy la Remolona". Pero ella sabía muy bien por qué a veces la llamaban así. Nunca podía estar a tiempo. Siempre tenían que esperarla. La madre le hablaba a menudo de la necesidad de aprender a estar a tiempo. En su boletín de calificaciones la maestra le puso: "Necesita aprender a usar sabiamente su tiempo". Un día en que los padres fueron a visitar al tío Benjamin, dejaron a Susana terminando de lavar los platos, tarea que debiera haber terminado mucho tiempo antes. Pero todavía seguía siendo lenta.



Temo que vas a recibir alguna lección muy dura -di jo la mamá-. Si tan sólo aprendieras ahora a usar sabiamente el tiempo, eso te facilitaría las cosas para el resto de tu vida.

-Procuró hacerlo, mamá -dijo Susana.

Uno de los problemas de Susana era que a ella le gustaba leer. A veces cuando estaba atareada limpiando su cuarto para el sábado, tomaba un libro para colocarlo en la biblioteca, y cuando quería acordarse estaba sentada en el borde de la cama leyendo, hasta que su madre la llamaba de abajo para anunciarle que faltaba media hora para la puesta del sol.

Cuando Susana se vestía para ir a la reunión de los Conquistadores, a veces se pasaba el tiempo probándose otras ropas primero, o probando un nuevo peinado. Y sólo cuando la madre la llamaba y le avisaba que faltaban cinco minutos para salir, se ponía el uniforme. El padre la llevaba apresuradamente en el auto, pero todavía, casi siempre llegaba tarde.

Una noche el director de los Conquistadores hizo un anuncio especial.

-Algunos de Uds. tienen que hacer la especialidad de natación para conseguir su distintivo antes de la investidura. Hemos reservado la piscina de la Sociedad Cristiana de Jóvenes para el próximo sábado de noche. Se reunieron los directores y los consejeros y decidieron que todos Uds. pueden ir y disfrutar de la piscina, sea que necesiten la especialidad o no.

-Se oyó un cuchicheo de aprobación en la sala. ¡Ese era un convite especial!

El Sr. Benítez levantó la mano para pedir silencio.

-Una cosa más. Asegúrense todos de estar en la escuela a las siete y quince. A veces, cuando planeamos algo, esperarnos un poquito por los que llegan tarde, porque no queremos excluir a nadie. Pero esta vez tenemos la piscina reservada para cierta hora, y debemos llegar allí exactamente a tiempo. Todos -y Susy sintió que la estaba mirando directamente a ella-; el que no llegue a tiempo el sábado de noche no podrá ir.

Susana ya tenía su distintivo de natación para principiantes, pero quería ir con los demás el sábado de noche. Comenzó a planear de antemano para asegurarse de que estaría a tiempo. Buscó su malla y su

gorra. Se empeñó por terminar su trabajo antes de la puesta del sol el viernes para que su mamá no tuviera que hacérselo terminar el sábado después de la puesta del sol.

Tan pronto como terminó el sábado, el culto vespertino, Susana llamó a Telma y decidió qué usaría. Puso la malla y la gorra, la toalla y las zapatillas de baño en la bolsa de la playa. Varias veces corrió a la cocina para mirar el reloj.

El papá estaba esperando en la cocina.

-¿Tendré tiempo de cambiarme la ropa antes de llevar a Susy a la escuela? -preguntó a la madre.

-Oh, ¿por qué no esperas para cambiarte después? -sugirió la mamá-. Susy estará lista en cualquier momento ahora, y tiene que salir lo antes posible para llegar bien a la hora. Cuando regresemos habrá tiempo suficiente para cambiarte.

La mamá fue al cuarto de Susana para ver cómo le iba. Susana había comenzado a cambiarse la ropa.

-Quizás, después de todo, alcances a cambiarte -anunció la mamá a su esposo. Sin perder tiempo el padre se dirigió al cuarto y se cambió la ropa, menos los zapatos. Tomándolos, los llevó a la cocina y comenzó a cambiárselos junto a la puerta, de modo que pudieran salir en cuanto Susy estuviera lista.

Finalmente, Susy apareció en la cocina, lista para salir. Eran las siete y catorce minutos. El papá saltó al coche sin siquiera atarse los cordones de los zapatos, y partieron apresuradamente.

-Te llevaré tan rápido como pueda -dijo el papá-, pero un minuto no nos da mucho tiempo para llegar allí, aun cuando es poco más de un kilómetro.

-Oh, indudablemente que se demorarán uno o dos minutos hasta salir -comentó Susana-. Si se demoran aunque sea un minuto, llegaré bien a tiempo.

Cuando entraron en el patio de la escuela, no había allí ni un solo auto. Todos los conquistadores se hallaban ya en camino a la piscina. El papá dio vuelta, y regresó a la casa. Susana ocultó su rostro entre los brazos, y tan pronto como llegaron a la casa corrió a su cuarto, y lloró.

Después de un rato, la madre fue a verla.

-Papá y yo también lo sentimos mucho -dijo-. Hubiéramos querido hacer algo más por ti esta noche, para evitarte el chasco, pero quizás ésta es una de las lecciones duras que tengas que aprender.

-No creo que necesitaré ninguna otra lección -respondió Susy.

Y así fue. Nadie más volvió a llamarla Susy la Remolona.